

DIOSES Y HOMBRES DE HUAROCHIRI

Edición bilingüe

Narración quechua recogida por
Francisco de Avila [¿1598?]

Traducción: José María Arguedas

Estudio Biobibliográfico: Pierre Duviols

LIMA - PERU

1 9 6 6

Fuentes e Investigaciones para la Historia del Perú

INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

Serie: Textos Críticos N° 1

LA COLECCION DE FUENTES E INVESTIGACIONES

El año de 1965, a solicitud del Instituto de Estudios Peruanos, el profesor Pierre Duviols, del Instituto Francés de Estudios Andinos, elaboró un *Informe* sobre un proyecto editorial de fuentes históricas peruanas. Esta idea, discutida en largas conversaciones entre algunos especialistas, es un proyecto intentado repetidas veces en el Perú republicano. No sería posible desconocer el valioso trabajo de los pioneros del siglo XIX, como Manuel Atanasio Fuentes o Mariano Paz Soldán, aportes como la *Colección de documentos históricos y literarios* de Manuel de Odriozola y hasta las preocupaciones bibliográficas y documentales de Ricardo Palma, perito en esos menesteres. En época más reciente, la conocida serie de reediciones coloniales Urteaga-Romero y la colección Loayza han proseguido en la tarea de poner al alcance del estudioso un caudal de fuentes escritas de nuestra historia. De las últimas décadas son, por último, los excelentes trabajos de Porras Barrenechea, de Vargas Ugarte, los recientes de Lohmann Villena y además de otros esfuerzos individuales cumplidos mediante una paciente y continuada labor de calidad académica.

En nuestros días, sin embargo, es más urgente que nunca un esfuerzo científico y editorial que, utilizando el rigor crítico y las exigencias de la moderna técnica, recopile los testimonios escritos del pasado peruano y los ponga al servicio de un público más vasto, combinando la finalidad académica con la finalidad difusiva. Pues la verdad es que al lector común le llega muy poco del copioso acervo histórico atomizado en compilaciones extranjeras, en revistas técnicas, en ediciones agotadas o rarísimas, en archivos remotos. Y aún al propio investigador ese arsenal le presenta dificultades análogas, en razón de la discutible calidad de algunas ediciones antiguas, de la escasez de estudios o presentaciones críticas que ayuden a valorar cada fuente y, a veces, hasta de las deficiencias mecánicas, como descuidos tipográficos o ausencia de índices adecuados para el mejor manejo del texto. Esta dispersión de las fuentes y la heterogénea calidad de sus ediciones son serias trabas que desalientan al estudioso e impiden la formación de una sólida conciencia nacional afianzada en la asunción de un pasado común.

A tales carencias quiere responder la presente COLECCION DE FUENTES E INVESTIGACIONES PARA LA HISTORIA DEL PERU, que se

propone reunir y publicar nuestras fuentes escritas primordiales —arqueología, historia, geografía— en un conjunto orgánico y accesible, en el que cada texto aparezca en la versión más depurada y confiable, a cargo de un especialista que, de acuerdo con las actuales normas técnicas de edición de fuentes, provea al lector en cada caso del indispensable aparato: introducción crítica que permita la mejor comprensión y valoración del texto, estudio preliminar o bibliográfico del autor, apéndices documentales o material gráfico cuando fuere necesario y hasta los índices temático y de nombres propios, que son ya de rigor en este tipo de publicaciones. Paralelamente, esta COLECCION presentará, como natural complemento y actualización de las fuentes a editarse, las monografías e investigaciones que aquellas susciten y en las cuales se ofrezcan hipótesis de trabajo científicas e interpretaciones sobre el pasado peruano.

La COLECCION DE FUENTES E INVESTIGACIONES PARA LA HISTORIA DEL PERU nace hoy como un programa y como una aspiración. Como un ambicioso programa editorial que, para llevar a cabo sus propósitos, demandará la exclusiva dedicación de algunos y la comprensión y buena voluntad de muchos; y como una aspiración a promover y fortificar en el país una lúcida conciencia histórica que sepa desprender de las raíces de un pasado colectivo las incitaciones y tareas de un destino común. Porque si el fin último de toda historia, como ya vislumbraba Troeltsch, es la comprensión del presente, urge dotar a todos los peruanos de los medios que les permitan reconocer en su tradición y en su historia las expectativas y promesas del porvenir inmediato.

Urge, así, aunar voluntades y talentos dispersos. Reclamar, como desde estas líneas reclamamos, la colaboración de los expertos en cada campo: historiadores, geógrafos, arqueólogos, lingüistas, antropólogos, folkloristas. Y realizar una obra editorial peruanista, armónica, de inspiración y hechura colectiva, que recoja y entregue a los estudiosos propios y extraños las fuentes escritas del pasado peruano que comprendan no sólo los textos en castellano sino también fieles traducciones de los idiomas antiguos y modernos. Que difunda, entre el público, cada vez mayor, que los requiere con apremio, los testimonios vivos de la biografía patria. Que proporcione al país, en suma, los materiales básicos que hagan posible escribir la nueva historia integral que el Perú espera y, al mismo tiempo, construir el Perú integral que su historia reclama.

Luis E. Valcárcel

Carlos Aranibar

INTRODUCCION A "DIOSES Y HOMBRES DE HUAROCHIRI"

El contenido y el estilo de la obra.

El Museo Nacional de Historia y el Instituto de Estudios Peruanos ofrecen este libro que contiene la primera traducción directa del quechua al castellano del manuscrito que Francisco de Avila recogió acerca de los dioses y héroes, y la vida de los hombres de Huarochiri en la época prehispánica. La colaboración de ambas instituciones hizo posible, asimismo, que el valioso documento pudiera ser editado como corresponde a su importancia.

Creemos que este libro, al que hemos dado el título de "Dioses y Hombres de Huarochiri" es la obra quechua más importante de cuantas existen, un documento excepcional y sin equivalente tanto por su contenido como por la forma. "Dioses y Hombres de Huarochiri" es el único texto quechua popular conocido de los siglos XVI y XVII y el único que ofrece un cuadro completo, coherente, de la mitología, de los ritos y de la sociedad en una provincia del Perú antiguo.

Este libro muestra con el poder sugerente del lenguaje no elaborado, limpio de retórica, la concepción total que el hombre antiguo tenía acerca de su origen, acerca del mundo, de las relaciones del hombre con el universo y de las relaciones de los hombres entre ellos mismos. Y, además, alcanza a transmitirnos mediante el poder que el lenguaje antiguo tiene, las perturbaciones que en este conjunto habían causado ya la penetración y dominación hispánica. Están descritos mediante la narración de hechos que son expuestos con precisión y en la cual se siente el orgullo provincial, la esperanza y la perplejidad. Es el lenguaje del hombre prehispánico recién tocado por la espada de Santiago. En este sentido es una especie de "Popol Vuh" de la antigüedad peruana; una pequeña biblia regional que ilumina todo el campo de la historia prehispánica de los pueblos que luego formaron el inmenso imperio colonial organizado en el Virreinato del Perú.

El "Ollantay" y el "Usca Paukar" son creaciones literarias. La belleza formal de ambas obras doctas es de otro nivel y su importancia documental es muy relativa; el propio testimonio que ofrece Guamán Poma de Ayala se nos presenta como un inmenso documento inevitablemente convencional, con todas las limitaciones y riqueza de una obra inspirada por el amor y el odio, el credo confuso, la sabiduría un tanto libresca; "Dioses y Hombres de

Huachirí" es el mensaje casi incontaminado de la antigüedad, la voz de la antigüedad transmitida a las generaciones por boca de los hombres comunes que nos hablan de su vida y de su tiempo.

El estilo del manuscrito es predominantemente oral. La narración fue dictada quizá por más de un informante según se hable de la historia de uno u otro pueblo; o fue escrita por alguien que conocía, no como observador sino como participante, la materia que se trata de perennizar.

Frecuentemente el narrador habla en primera persona: "Entonces este Huatyacuri, caminando de Huaracancha hacia Sienequilla, en el cerro por donde solemos bajar en esa ruta se quedó dormido..." (Cap. 5). "Los hombres de este pueblo de Checa somos quienes sabemos estas cosas de Chau-piñamca Llacahuato Lluncuhuachac Urpayhuachac..." (Cap. 13). Son aco-taciones que muestran bien cómo el informante, que dicta o escribe la narra-ción, hace observaciones desusadas o inexistentes en obras de autores que relatan no lo que han vivido por sí mismos sino hechos sobre los cuales han recibido información.

En algunos pasajes se nota que el lenguaje es escrito, como en el caso del Prefacio y la mayor parte de los nombres de los capítulos, pero el torrente del lenguaje del manuscrito es oral. Este torrente cautiva; a pesar de los obstáculos señalados, la materia de la lengua oral trasmite un mundo de hom-bres, dioses, animales, abismos, caminos y acontecimientos como unicamente lo sentimos en los cuentos quechuas oídos en nuestra infancia a los famosos narradores indígenas. La imagen que ofrece este texto del mundo antiguo pe-ruano es vivencial. Infundirá en el lector un conocimiento subjetivo de nues-tro pasado, aparte de los innumerables datos precisos que le presentará acerca de ese pasado y de sus primeros contactos con el mundo hispánico. Oirá la voz limpia de preocupaciones e intenciones literarias de un nativo o de varios nativos que, a pesar del temor, se entusiasman describiendo las luchas y ha-zañas de sus dioses y héroes, los detalles de los ritos y de las fiestas. Algunos héroes-dioses, como Tutayquiri, Macahuisa y los tres héroes de gorro de piedra que invaden y espantan a los yuncas, ofrecen caracteres humanos y rasgos maravillosos tan originales que este libro podrá convertirse en lectura univer-sal y no destinada unicamente a los eruditos.

El etnólogo y el historiador, podrán *presenciar* actos, *ver* rostros, *sentir* la palpitación de quienes creyeron en los dioses antiguos y por qué los concibieron y creyeron en ellos. No es un indio importante o "docto" el o quie-nes nos hablan de su mundo, son indios bastantes comunes, contagiados ya de creencias cristianas pero sumergidos aún y de manera muy encarnizada en la antigua religión, actores de la vida prehispánica. Y hablan de ese uni-verso en el lenguaje que fue creado para describirlo y transmitirlo más a la experiencia mítica que a la intelectual; por ejemplo, cuando el narrador cuenta que la mosca que representa a la muerte vuela "¡siul diciendo". El uso de este gerundio en la traducción habrá de ser discutible, no lo hemos empleado

en todas las ocasiones en que el narrador lo usa sino contadas y elegidas veces (1).

Algunas fiestas y ritos descritos en este libro perviven, como el dedicado a celebrar la limpieza de los acueductos, que está relacionado con el culto actual a las montañas (2). Muchas leyendas y cuentos folklóricos tienen su origen más probable en las leyendas que en esta obra aparecen.

Todas las fiestas y ritos se realizaban, tal como ahora, con danzas y cantos. La música y la literatura oral fueron y son los medios de expresión predilectos del hombre andino. Dioses y héroes, símbolos de pueblos, realizan prodigios, vencen o son derrotados; construyen acueductos y levantan andenes sobre los abismos, tocan instrumentos musicales.

La edición.

Pierre Duviols, peruanista francés dedicado desde hace muchos años a la investigación de la religión en el antiguo Perú y del período de la extirpación de las idolatrías, enriquece esta edición con un estudio especialmente escrito para ilustrar al lector acerca de la vida y la obra de Avila; contiene además dicho estudio, un análisis crítico de los manuscritos de Avila y de sus ediciones hechas hasta el presente; ofrece una biografía y bibliografía de sus trabajos y, finalmente, valiosos documentos etnohistóricos, varios de ellos inéditos, relativos a Huarochirí, escritos entre 1571 y 1621.

Por sugerencia del mismo Prof. Duviols se consideró necesaria la publicación de los ocho capítulos que Avila escribió en castellano sobre la base de las informaciones contenidas en el manuscrito quechua; insistió igualmente en la conveniencia de incorporar en el texto original, los dos "suplementos" que Hermann Trimborn publicó en 1941 y que pretenden ser una continuación de los treinta y tres capítulos del manuscrito editado por Galante y por el mismo Trimborn. De ese modo el volumen contiene todo el material que existe acerca del tema que sugiere el título que lleva: "Dioses y Hombres de Huarochirí".

(1) En el capítulo 28 se describe al Yacana. Es el más poético de los pasajes de la obra. Quien lo dictó debió ser un excelente y fervoroso conocedor del cielo. El llama Yacana me fue mostrado por mi padre cuando era niño. Debajo de esa mancha inmensa, que representa una llama arrodillada, de cuello muy largo y en cuya cabeza algo difusa brilla una estrella, aparece una cruz, muy claramente dibujada por otras estrellas menores. Mi padre me dijo que esa cruz se formó en el cielo a la llegada de los españoles como un símbolo de la cristianización de los indios. En una noche sin luna hizo que descubriera ambas figuras. Están muy cerca una de la otra. El capítulo 28 me causó, por esa circunstancia anecdótica, una impresión singular.

(2) F. Soto Flores: "Inventión o fiesta de Cochabamba", *Revista del Museo Nacional*, T. XXII, págs. 157-178, Lima, 1953. J. M. Arguedas: "Puquio, una cultura en proceso de cambio", id. T. XXV, págs. 184-232, 1955.

La traducción incompleta de Avila y algunas otras observaciones.

Resulta muy importante comparar los siete capítulos que se han publicado de la "traducción" de Avila y el contenido del manuscrito quechua:

El primer capítulo puede ser considerado como una traducción ceñida al original y contiene algunas aclaraciones necesarias para la época. El segundo es ya bastante libre. Sigue el desarrollo de los acontecimientos pero emplea una prosa adornada que contrasta con la muy precisa del original. Los parlamentos son más extensos, no se traducen algunos términos que afectan el valor del documento. Así, en lugar de: "Hermana Cavillaca, mira a este lado y contéplame...", Avila escribe: "Señora mía, Cavillaca vuelve acá tus ojos...". Los cinco últimos párrafos del texto están dedicados a hacer un comentario del capítulo primero. El comentario es interesante porque confirma cuanto a lo largo del manuscrito se ha dicho acerca de la vigencia del culto y de las creencias indígenas. Avila agrega ejemplos por él mismo observados y concluye el capítulo con un reproche contra los indios: "Pues quien no ve la gran ceguedad de esta miserable gente y a quien no duele el poco fruto que entre ellos ha hecho la predicación y verdad católica..."

El tercer capítulo contiene la materia del cuarto del manuscrito y, como en todos los casos, no conserva el nombre castellano del capítulo ni traduce rectamente el título quechua. Al tercero lo denomina: "Del eclipse de sol que hubo antiguamente". No conserva el original que aparece en castellano: "Cómo el sol desapareció cinco días". Bajo este título figura una línea quechua que dice: "Y ahora vamos a contar cómo murió el día". Avila lo omite. También emplea un párrafo para demostrar lo absurdo de la creencia tradicional. El capítulo cuarto narra el "diluvio" que el original quechua contiene en el tercero.

Este capítulo ofrece con fidelidad la leyenda del "diluvio", pero dedica más del doble del espacio que ocupa la narración de la leyenda a refutarla, a pesar de que el informante afirma: "nosotros bendecimos esta narración ahora, los cristianos bendecimos ese tiempo del diluvio...". Concluye el capítulo con una especie de desafío que resulta importante como testimonio: "Si algún indio me opusiese que es eso así, que Pariacaca no era yunga y tierra caliente, como parece que allí hay rastros y señales de chacras, le diré que fácilmente, el demonio permitiéndolo Dios, haría aquellos andencillos..."

El quinto capítulo no presenta otras diferencias que las anotadas para la primera parte del segundo. En cambio, el sexto y el séptimo contienen casi todas las aventuras que se narran en el sexto del manuscrito. Nuevamente en este pasaje, la heroína Chuquisuso da el tratamiento de "Padre mío" a Pariacaca, cuando en el texto quechua la respuesta no lleva vocativo, dice simplemente: "Mi campo de maíz muere de sed". En las cuatro líneas que pa-

(3) "Culto libre entre los Incas", Los Pequeños Grandes Libros de Historia Americana, serie I. tomo XVII, Lima, 1952.

rece alcanzó a escribir del capítulo octavo, se refiere al culto que el ayllu Cupara rinde a Chuquisuso, tema que se trata, asimismo, en el capítulo séptimo del original.

Avila emplea un castellano limpio y florido. Quien así dominaba el español no nos parece que escribiera el texto tan oral y espontáneo del manuscrito, muy pleno de simpatía por los temas que contiene, texto bien diferente en estilo y en cuanto a la aproximación hacia lo indígena, de algunos sermones del mismo autor que hemos alcanzado a leer.

No es insensato suponer que el manuscrito fue recogido de más de un informante de la provincia de Huarochiri, por orden de Avila y mediante auxiliares convenientemente instruidos. Avila necesitaba la información para el adoctrinamiento y para elegir los métodos a fin de extirpar idolatrías. ¿Quiénes y cuáles son los dioses de Huarochiri? ¿Cómo les rinden culto? ¿En qué fechas y sitios? Todo está dicho en el manuscrito. Y no transmitido como una información obligada sino espontánea y aún feliz casi a todo lo largo del relato. No es Avila quien cuenta, es el practicante de la antigua religión, el creyente en los antiguos dioses y héroes. Aunque las declaraciones se sientan, en algunos pasajes, como teñidas de reproche o de cierto temblor que causa el miedo, el narrador cuenta lo suyo y no lo ajeno y muy frecuentemente maravillado y con regocijo. Y, como ya lo dijimos, es ése el valor del documento que publicamos y el legado invaluable que el Padre Francisco de Avila dejó a la posteridad.

El problema de la traducción.

La traducción del texto quechua nos pareció una tarea superior a nuestras posibilidades. Tardamos más de cinco años en decidirnos a hacerla y encontrar tiempo para realizarla. Fue el Dr. John V. Murra quien acabó por convencernos que debíamos emprender la obra. La circunstancia de desempeñar, durante el tiempo que duró el trabajo, el cargo de Director del Museo Nacional de Historia, nos ofreció la oportunidad y nos impuso el deber que hemos cumplido.

Nos sorprendió, en las primeras páginas, encontrar ya el uso de palabras castellanas en la misma forma en que actualmente son empleadas incluso por los hablantes monolingües; al mismo tiempo nos alentó la forma bastante correcta en que la escritura latina está usada: "porque caytam runacuna ña muchaspapas...", "quipapim Pariacacap pacariscantauan rimasun...". Cada unidad gráfica de estos trozos del primer capítulo corresponde a una palabra y en el caso de "pacari-mu-sca-n-ta-uan", el término, que tiene cinco sufijos, está sorprendentemente bien escrito. Pero la lengua no me iba a ser siempre tan familiar, ni la ortografía tan legible; enseguida encontré muchas palabras del quechua del área comprendida por los departamentos de Junín, Huánuco,

Ancash y Pasco, la provincia de Cajatambo y algunos distritos de Yauyos del departamento de Lima (4) y la ortografía, que presenta problemas que constituyen verdaderos rompecabezas (5). Si las reglas ortográficas no habían sido aún bien fijadas para las lenguas latinas, su aplicación al quechua era más imperfecta aún.

Encontramos que, si bien figuran en el texto muchas palabras que en la actualidad no pertenecen al léxico del quechua que se habla desde Huancavelica hasta Santiago del Estero, de Argentina, los sufijos se forman y se ordenan conforme a la estructura de este quechua. Por tal razón no renunciamos a la dura tarea de la traducción.

Debemos advertir, finalmente, que esta traducción no es ni puede ser la más perfecta posible. Encontramos algunos términos como *añasi*, *ami* y *llata* que están empleados en un contexto tal, como en el caso del último párrafo de la pág. 76, cuyo significado no alcanzamos a desentrañar bien y nos vimos precisados a conformarnos con uno deductivo del cual no estamos conformes. Tal parece que *ami* y *llata*, en el ejemplo citado, bien pueden estar vinculados con la frase *sullca huauqui* y que, por tanto, tengan alguna relación con los términos de parentesco. Es posible que estos mismos términos y la palabra *añasi*, que figuran en la pág. 58, tengan esa misma significación. Consideramos que la presente traducción habrá de ser perfeccionada, si quien la hizo puede alguna vez tener la oportunidad de trabajar en equipo y a dedicación exclusiva con un dialectólogo del quechua tan bien informado como el Dr. Alfredo Torero, o con la participación de otro equipo de composición equivalente (6).

Para facilitar el análisis de la traducción hemos dividido el texto quechua en párrafos. No hemos aventurado una puntuación más estricta a fin de permitir que el lector quechua juzgue por sí mismo nuestra traducción.

Agradecemos al doctor Alfredo Torero la generosidad con que nos auxilió durante la labor de traducción y hacemos constar que la transcripción paleográfica del texto quechua ha sido hecha por Karen Spaulding.

Expresamos también nuestro agradecimiento al estudiante norteamericano Glynn Custred y a su esposa alemana Elke, por habernos auxiliado

(4) Esta área es denominada B por Gary Parker, en su artículo "La clasificación Genética de los Dialectos Quechuas", Rev. del Museo Nacional de Historia, T. XXXII, Lima, 1963. Y I por Alfredo Torero en su artículo "Los dialectos Quechuas", Anales Científicos, Universidad Agraria, Vol. II, No. 4, Lima, 1964.

(5) Un caso que puede servir de ejemplo es el de una frase del capítulo 30, "yacupacri mana coyta puchucaspa". Cada una de las palabras y la frase tienen significado, pero resultaban por entero ajenas al contexto. Descubrimos, al fin, que las palabras estaban arbitrariamente compuestas: "yacupacri mana coyta puchucaspa" (para el agua concluyó el no dar), debía haberse escrito así: "yacupac rimanacoy puchucaspa" (habiendo concluido el hablarse (cambiar ideas) con respecto a agua).

(6) Conviene hacer constar en esta parte de nuestras notas que la frase "caypisi huatallarac cay doctor Franco de Avila... caspa..." que aparece en la pág. 68 y que Pierre Duviols cita en la Pág. 234, no puede significar otra cosa sino que Avila hacía "sólo un escaso año" que había llegado al lugar al que se refiere el informante.

a consultar la edición alemana de Trimborn; a Jorge Manrique, Secretario del Museo Nacional de Historia y a la Sra. Amelia Vega, empleada del mismo Museo, por su concurso en la formación de los índices, a Sybila Arredondo por habernos auxiliado, entre otras tareas de la realización del libro, en la corrección de las pruebas de ambos textos y a Beatriz Wendorff por haber mecanografiado la última versión del texto castellano.

Participamos de la creencia de algunos historiadores y antropólogos que confían en que una búsqueda especial en los archivos de España y del Perú puede hacer posible el descubrimiento de otros documentos quechuas que iluminen con la luz penetrante que éste sobre Huarochirí, la penumbra aun no bien esclarecida de nuestro pasado prehispánico.

José María Arguedas.

Diciembre a Junio de 1966.

Si los indios de la antigüedad hubieran sabido escribir, la vida de todos ellos, en todas partes, no se habría perdido. Se tendrían también noticias de ellos como existen sobre los españoles y sus jefes; aparecerían sus imágenes. Así es, y por ser así y como hasta ahora no está escrito eso, yo hablo aquí sobre la vida de los antiguos hombres de este pueblo llamado Huarochirí, antiguos hombres que tuvieron un progenitor, un padre; sobre la fe que tenían y de cómo viven hasta ahora. De eso, de todo eso, ha de quedar escrito aquí (la memoria), con respecto a cada pueblo, y cómo es y fue su vida desde que aparecieron.

CAPITULO I

**"Como fue antiguamente los ídolos y como guerreó
entre ellos y como había en aquel tiempo los naturales"**

En tiempos muy antiguos existió un huaca llamado Yanamca Tutana. Después de estos huacas, hubo otro huaca de nombre Huallallo Carhuincho. Este huaca venció. Cuando ya tuvo poder, ordenó al hombre que sólo tuviera dos hijos. A uno de ellos lo devoraba, al otro, al que por amor escogieran sus padres, lo dejaba que viviera. Y desde entonces, cuando moría la gente, revivían a los cinco días, y del mismo modo, las sementeras maduraban a los cinco días de haber sido sembradas. Y estos pueblos, los pueblos de toda esta región, tenían muchos yuncas (*). Por eso aumentaron tanto y, como se multiplicaron de ese modo, vivieron miserablemente, hasta en los precipicios y en las pequeñas explanadas de los precipicios hicieron chacras, escarbando y rompiendo el suelo. Ahora mismo aún se ven, en todas partes, las tierras que sembraron, ya pequeñas, ya grandes. Y en ese tiempo las aves eran muy hermosas, el huritu y el caqui, todo amarillo, o cada cual rojo, todos ellos.

Tiempo después, apareció otro huaca que llevaba el nombre de Pariacaca. Entonces, él, a los hombres de todas partes los arrojó. De esos hechos posteriores y del mismo Pariacaca vamos a hablar ahora. En aquel tiempo existió un huaca llamado Cuniraya, existió entonces. Pero no sabemos bien si Cuniraya fue antes o después de Pariacaca, o si ese Cuniraya existió al mismo tiempo o junto con Viracocha, el creador del hombre; *porque* la gente para adorar decía así: "Cuniraya Viracocha, hacedor del hombre, hacedor del mundo, tú tienes cuanto es posible tener, tuyas son las chacras, tuyo es el hombre; yo". Y cuando debían empezar algún trabajo difícil, a él adoraban, arrojando hojas de coca al suelo: "has que recuerde esto, que lo adivine Cuniraya Viracocha", diciendo, y sin que pudieran ver a Viracocha, los muy antiguos le hablaban y adoraban. Y mucho más los maestros tejedores que tenían una labor tan difícil, adoraban y clamaban. Por esa razón hemos de escribir de las cosas que ocurrieron antes que él (Cuniraya) existiera, junto con los sucesos de Pariacaca.

(*) Tierras yuncas o gente venida de la zona yunca.

CAPITULO 2

"Como sucedió Cuniraya Viracocha en su tiempo y como Cahuillaca parió a su hijo y lo que passo"

Vida de Cuniraya Viracocha

Este Cuniraya Viracocha, en los tiempos más antiguos, anduvo, vagó, tomando la apariencia de un hombre muy pobre; su yacolla (manto) y su cusma (túnica) hechas jirones. Algunos, que no lo conocían, murmuraban al verlo: "miserable piojoso", decían. Este hombre tenía poder sobre todos los pueblos. Con sólo hablar conseguía hacer concluir andenes bien acabados y sostenidos por muros. Y también enseñó a hacer los canales de riego arrojando (en el barro) la flor de una caña llamada pupuna; enseñó que los hicieran desde su salida (comienzo). Y de ese modo, haciendo unas y otras cosas anduvo, emperrando (humillando) a los huacas de algunos pueblos, con su sabiduría.

Y así, en ese tiempo, había una huaca llamada Cavillaca. Era *doncella*, desde siempre. Y como era hermosa, los huacas, ya uno, ya otro, todos ellos: "voy a dormir con ella", diciendo, la requerían, la deseaban. Pero ninguno consiguió lo que pretendía. Después, sin haber permitido que ningún hombre cruzara las piernas con las de ella, cierto día se puso a tejer al pie de un árbol de lúcuma. En ese momento Cuniraya, como era sabio, se convirtió en pájaro y subió al árbol. Ya en la rama tomó un fruto, le echó su germen masculino e hizo caer el fruto delante de la mujer. Ella muy contenta, tragó el germen. Y de ese modo quedó preñada, sin haber tenido contacto con ningún hombre. A los nueve meses, como cualquier mujer, ella también parió una *doncella*. Durante un año la crió dándole sus pechos a la niña. "¿Hija de quién será?", se preguntaba. Y cuando la hija cumplió el año justo y ya gateaba de cuatro pies, la madre hizo llamar a los huacas de todas partes. Quería que reconocieran a su hija. Los huacas, al oír la noticia, se vistieron con sus mejores trajes. "A mí ha de quererme, a mí ha de quererme", diciendo, acudieron al llamado de Cavillaca.

La reunión se hizo en Anchicocha donde la mujer vivía. Y allí, cuando ya los huacas sagrados de todas partes estaban sentados, allí la mujer les dijo: "Ved hombres, poderosos jefes, reconoced a esta criatura ¿Cuál de vo-

setros me fecundó con su germen?" Y preguntó a cada uno de ellos, a solas: "¿Fuiste tú? ¿Fuiste tú ", les iba diciendo. Y ninguno de ellos contestó: "Es mío". Y entonces, como Cuniraya Viracocha, del que hemos hablado, sentado humildemente, aparecía como un hombre muy pobre, la mujer no le preguntó a él. "No puede ser hijo de un miserable", diciendo, asqueada de ese hombre harapiento, no le preguntó; porque este Cuniraya estaba rodeado de hombres hermosamente vestidos. Y como nadie afirmara: "Es mi hijo" ella le habló a la niña: "Anda tú misma y reconoce a tu padre", y a los huacas les dijo: "Si alguno de vosotros es el padre, ella misma tratará de subir a los brazos de quien sea el padre". Entonces, la criatura empezó a caminar a cuatro pies hasta el sitio en que se encontraba el hombre haraposo. En el trayecto no pretendió subir al cuerpo de ninguno de los presentes; pero apenas llegó ante el pobre, muy contenta y al instante, se abrazó de sus piernas. Cuando la madre vió esto, se enfureció mucho: "¡Qué asco! ¿Es que yo pude parir el hijo de un hombre tan miserable?" exclamando, alzó a su hija y corrió en dirección del mar. Viendo esto: "Ahora mismo me ha de amar", dijo Cuniraya Viracocha y, vistiéndose con su traje de oro, espantó a todos los huacas; y como estaban así, tan espantados, los empezó a arrear, y dijo: "Hermana Cavillaca, mira a este lado y contéplame; ahora estoy muy hermoso". Y haciendo relampaguear su traje, se cuadró muy enhiesto. Pero ella ni siquiera volvió los ojos hacia el sitio en que estaba Cuniraya; siguió huyendo hacia el mar. "Por haber parido el hijo inmundo de un hombre despreciable, voy a desaparecer" dijo, y diciendo, se arrojó al agua. Y allí, hasta ahora, en ese profundo mar de Pachacamac se ven muy claro dos piedras en forma de gente que allí viven. Apenas cayeron al agua, ambas (madre e hija) se convirtieron en piedra.

Entonces, este Cuniraya Viracocha: "Mi hermana ha de verme, ha de aparecer", diciendo, llamándola y clamando, se alejó del sitio (Anchicocha). Y se encontró con un cóndor antiguo. Le preguntó al cóndor: "Hermano: ¿dónde te encontraste con ella, con esa mujer?". "Muy cerca de aquí", le contestó el cóndor, "Has de encontrarla". Y Cuniraya le dijo: "Tendrás larga vida. Cuando mueran los animales salvajes, ya sea huanaco o vicuña, o cualquier otro animal, tú comerás su carne. Y si alguien te matara, ése, quien sea, también morirá". Así le dijo.

Después se encontró con el zorrino. Y cuando le preguntó: "Hermano ¿adónde te encontraste con ella, con esa mujer?"; el zorrino le contestó: "Ya nunca la encontrarás; se ha ido demasiado lejos". "Por haberme dado esa noticia, tú no podrás caminar durante el día, nunca, pues te odiarán los hombres; y así, odiado y apestando, sólo andarás de noche y en el desprecio padecerás", le dijo Cuniraya. Poco después se encontró con el puma. El puma le dijo a Cuniraya: "Ella va muy cerca, has de alcanzarla". Cuniraya

le contestó: "Tú has de ser muy amaño; comerás las llamas de los hombres culpables. Y si te matan, los hombres se pondrán tu cabeza sobre su cabeza en las grandes fiestas, y te harán cantar; cada año degollarán una llama, te sacarán afuera y te harán cantar". Luego se encontró con un zorro, y el zorro le dijo: "Ella ya está muy lejos; no la encontrarás". Cuniraya le contestó: "A tí, aun cuando camines lejos de los hombres, que han de odiarte, te preseguirán; dirán: "ese zorro infeliz", y no se conformarán con matarte; para su placer, pisarán tu cuero, lo maltratarán".

Después, se encontró con un halcón; el halcón le dijo: "Ella va muy cerca, has de encontrarla", y Cuniraya le contestó: "Tú has de ser muy feliz; *almorzarás* picaflores y luego comerás pájaros de todas clases. Y si mueres, o alguien te mata, con una llama te ofrendarán los hombres; y cuando canten y bailen, te pondrán sobre su cabeza, y allí, hermosamente, estarás".

En seguida se encontró con un *lorito*; y el lorito le dijo: "Ella ya venció una gran distancia; no la encontrarás". Cuniraya le contestó: "Tú caminarás gritando siempre demasiado; cuando digas: "destruiré tus alimentos", los hombres, que han de odiarte, te descubrirán por los gritos y te espantarán; vivirás padeciendo".

Y así, a cualquiera que le daba buenas noticias, Cuniraya le confería dones, y seguía caminando, y si alguien le desalentaba con malas noticias, lo maldecía, y continuaba andando. [Así, llegó hasta la orilla del mar. Apenas hubo llegado al mar, entró al agua, y la hizo hinchar, aumentar. Y de ese suceso los hombres actuales dicen que lo convirtió en *castilla*; "el antiguo mundo también a otro mundo va" dicen].

Y volvió, hacia Pachacamac, y allí entonces, llegó hasta donde vivían dos hijas jóvenes de Pachacamac. Las jóvenes estaban guardadas por una serpiente. Poco antes de que llegara Cuniraya, la madre de las dos jóvenes fue a *visitar* a Cavillaca en el fondo del mar en que ella se arrojó; el nombre de esa mujer era Hurpayhuachac. Cuando la mujer salió de visita, este Cuniraya Viracocha hizo dormir a la mayor de las muchachas, y como pretendió él dormir con la otra hermana, ella se convirtió en paloma y se echó a volar. Y por eso, a la madre, la llamaron: "la que pare palomas".

En aquel tiempo, dicen, no existía ni un solo pez en el mar. Únicamente la mujer a quien llamaban "La que pare palomas" criaba (peces) en un pequeño pozo que tenía en su casa. Y el tal Cuniraya, muy enojado: "¿Por qué esta mujer visita a Cavillaca en el fondo del agua?", diciendo, arrojó todas las pertenencias de Urpayhuachac al gran mar. Y sólo desde

entonces, en el lago grande, se criaron y aumentaron mucho los peces. Entonces ése, al que nombraban Cuniraya, anduvo por la orilla del gran lago: y la mujer Urpayhuachac, a quien le dijeron cómo sus hijas habían dormido, enfurecida persiguió a Cuniraya. Y cuando venía persiguiéndolo y llamándolo; "¡Oh!", diciendo, se detuvo. Entonces le habló (ella): "Únicamente voy a despiojarte". Y empezó a despiojarlo. Y cuando ya estuvo despiojado, ella, en ese mismo sitio, hizo elevarse un gran precipicio y pensó: "Voy a hacer caer allí a Cuniraya". Pero en su sabiduría, sospechó la intención de la mujer. "Voy a orinar un poquito, hermana" diciendo, se fue, se vino hacia estos lugares y permaneció en ellos, en sus alrededores o cercanías, mucho tiempo, haciendo caer en el engaño a los hombres y a los pueblos.

CAPÍTULO 3

En esta parte volveremos a las cosas que cuentan los hombres muy antiguos.

Lo que ellos cuentan es como sigue: en tiempos antiguos este mundo estuvo en peligro de desaparecer. Un llama macho que pastaba en una montaña con excelente yerba, sabía que la Madre Lago (el mar) había deseado (y decidido) desbordarse, caer como catarata. Este llama entristeció; se quejaba: "in, in", diciendo lloraba, y no comía. El dueño del llama, muy enojado, lo golpeó con una coronta de choclo: "Come, perro —le dijo— tú descansas sobre la mejor yerba". Entonces el llama, hablando como si fuera un hombre, le dijo: "Ten mucho en cuenta y recuerda lo que voy a decirte: ahora, de aquí a cinco días, el gran lago ha de llegar y todo el mundo acabará", así dijo, hablando. Y el dueño quedó espantado; le creyó. "Iremos a cualquier sitio para escapar. Vamos a la montaña Huillcacoto, allí hemos de salvarnos; lleven comida para cinco días", ordenó, dijo. Y así, desde ese instante, el hombre se echó a caminar, llevando a su familia y al llama. Cuando estaba a punto de llegar al cerro Huillcacoto, encontró que todos los *animales* estaban reunidos: el puma, el zorro, el huanaco, el cóndor, todas las especies de animales. Y apenas hubo llegado el hombre, el agua empezó a caer en cataratas; entonces allí, apretándose mucho, estuvieron hombres y animales de todas partes, en el cerro de Huillcacoto, en un pequeño espacio, sólo en la *punta*, hasta donde el agua no pudo alcanzar. Pero el agua logró tocar el extremo del rabo del zorro y lo mojó; por eso quedó ennegrecido. Y cumplidos los cinco días, el agua empezó a descender, se secó; y la parte seca creció; el mar se retiró más, y retirándose y secándose mató a todos los hombres. Sólo ése de la montaña vivió y con él volvió a aumentar la gente, y por él existe el hombre hasta hoy. Y nosotros bendecimos esta narración ahora; los cristianos bendecimos ese *tiempo del diluvio*, tal como ellos narran y bendicen la forma en que pudieron salvarse, en la montaña Huillcacoto.

CAPITULO 4

“Como el sol se desapareció cinco días” Y ahora vamos a contar cómo murió el día

En tiempos antiguos dicen que el sol murió. Y, muerto el sol, se hizo noche durante cinco días. Las piedras, entonces, se golpearon entre ellas mismas, unas contra otras; desde entonces se formaron los llamados *morteros*, es decir las muchcas, y también los batanes. Los hombres empezaron a comer en esas cosas; las llamas de los cerros comenzaron ya a seguir al hombre. Y esto, ahora nosotros cristianos lo bendecimos diciendo: “Quizá anocheció el mundo por causa de la muerte de nuestro poderoso señor *Jesucristo*”. Y es posible que así haya sido.

CAPITULO 5

Desde este punto de nuestra narración ha de comenzar la historia de la aparición de Pariacaca.

Ya, sí, en los cuatro capítulos anteriores, hemos contado la vida del mundo antiguo, pero no sabemos cómo apareció en esos tiempos el hombre, en qué sitio apareció, y cómo luego de aparecido, en esos tiempos, vivieron odiándose, luchando entre ellos. Sólo reconocían como a curacas a los ricos y a los poderosos. A ellos, a esos antiguos, los llamamos hombres montañeses, silvestres. En ese tiempo, el denominado Pariacaca nació de cinco huevos en el sitio llamado Condorcoto. Un hombre pobre llamado Huatyacuri, de quien se dice era hijo de Pariacaca, fue el primero que supo, que vió el nacimiento. De cómo supo esta noticia y de lo muy misterioso de cuanto hizo vamos a hablar en seguida.

En aquel tiempo, el tal llamado Huatyacuri, vivía comiendo miserablemente; se alimentaba sólo de papas asadas en la tierra calentada ("guatia" o "huatia"); y por eso le dieron el nombre (despectivo) de Huatyacuri. En la misma época vivía un muy poderoso, grande y rico jefe: se llamaba Tamtañamca. En ninguna parte había una casa tan grande, ocupaba un espacio que abarcaba toda la vista; estaba techada con alas de pájaros; las llamas que poseía eran amarillas, rojas, azules; toda clase de llamas tenía. Este hombre, viendo que su vida era regalada, hizo venir gente de los pueblos de todas partes, los ennumeró; y entonces, mostrándose como si fuera un sabio, engañando con su poco entendimiento a muchísimos hombres, vivió. Así pudo hacerse considerar como un verdadero sabio, como un dios, este llamado Tamtañamca; así fue, hasta que una horrible enfermedad lo atacó. Y como pasaron muchos años y él seguía enfermo, y se creía que era hombre sabio y grande, la gente hablaba: "tiene un mal grave". Y tal como los huiracochas (los españoles) hacen llamar a los sabios (Amautas) y a los doctores, también él hizo llamar a los que conocían bien de todo, a los sabios. Pero ninguno pudo descubrir la causa de su enfermedad.

Entonces ese Huatyacuri, caminando de Uracocha hacia *Sieneguilla*, en el cerro por donde solemos bajar en esa ruta se quedó a dormir. Ese cerro se llama ahora Latauzaco. Mientras allí dormía, vino un zorro de la parte alta y vino también otro zorro de la parte baja; ambos se encontraron. El que vino de abajo preguntó al otro: "¿Cómo están los de arriba?" "Lo que debe estar bien, está bien —contestó el zorro— sólo un poderoso, que vive en Anchicocha, y que es también un sacro hombre que sabe de la verdad; que hace como si fuera *dios*, está muy enfermo. Todos los amautas han ido a descubrir la causa de la enfermedad, pero ninguno ha podido hacerlo. La causa de la enfermedad es ésta: a la parte vergonzosa de la mujer (de Tamtañamca) le entró un grano de maíz mura saltando del tostador. La mujer sacó el grano y se lo dió a comer a un hombre. Como el hombre comió el grano, se hizo culpable; por eso, desde ese tiempo, a los que pecan de ese modo, se les tiene en cuenta, y es por causa de esa culpa que una serpiente devora las cuerdas de la bellísima casa en que vive, y un sapo de dos cabezas habita bajo la piedra del batán. Que esto es lo que consume al hombre, nadie lo sospecha". Así dijo el zorro de arriba, en seguida preguntó al otro: "¿Y los hombres de la zona de abajo están igual?" El contó otra historia: "Una mujer, hija de un sacro y poderoso jefe, casi ha muerto por causa de un aborto". [Pero el relato de cómo esa mujer pudo salvarse es largo y lo escribiremos después; ahora volvamos a continuar lo que íbamos contando]. Luego de oír a los dos zorros, Huatyacuri dijo: "Está sufriendo ese tan grande jefe que simula ser dios porque está enfermo; dicen que ese hombre tenía dos hijas, a la mayor la ha unido con un hombre muy *rico*". Y así, ese miserable Huatyacuri, de quien hablamos, llegó hasta donde estaba el hombre enfermo. Ni bien llegó, empezó a preguntar: "¿No hay en este pueblo alguien que sufre un mal grave?" Entonces la menor de las hijas (de Tamtañamca): "Mi padre es quien está enfermo", dijo. "Júntate conmigo; por tí sanaré a tu padre", le propuso (Huatyacuri). No sabemos cuál era el nombre de esta mujer, aunque se dice que después la llamaron *Chaupiñamca*. Ella no esperó y se llevó al desconocido. "Padre mío, aquí hay un pobre miserable que dice que puede sanarte", dijo. Al oír estas palabras, todos los *sabios* que estaban sentados protestaron; "No lo hemos podido curar nosotros y va a poder ese pobre miserable", dijeron. Pero, como el poderoso hombre anhelaba sanar: "Que venga ese hombrecito, cualquiera que sea", ordenó, e hizo llamarlo. Y como fue llamado, este Huatyacuri, entrando, dijo: "Padre, si deseas sanar yo te sanaré, en cambio me convertirás en tu hijo". "Me parece bien", contestó el jefe. Al oír esta respuesta, el marido de la hija mayor se enfureció. "¿Cómo ha de unirla con este pobre miserable, siendo ya nosotros ricos y poderosos?"

Narraremos, luego, las luchas que hubo entre este hombre enfurecido y Huatyacuri, ahora, continuemos con la historia de la curación del enfermo, por el tal Huatyacuri.

Cuando empezaba a curar al enfermo, le dijo: "Tu mujer es adúltera. Y por ser ella así te ha enfermado; y quienes te hacen padecer son dos serpientes que viven en el techo de tu excelsa casa y un sapo de dos cabezas que habita debajo del batán. Vamos a matarlos y te aliviarás. Una vez que estés sano adorarás a mi padre, prefiriéndolo a quienquiera: mi padre ha de llegar pasado mañana. Tú no tienes verdadero poder, pues, si lo tuvieras no te habrías enfermado gravemente". Al oír esto, el enfermo se atemorizó mucho; y dijo "voy a desatar mi hermosa casa", y entristeció.

"En vano este miserable infeliz habla; yo no soy adúltera", dijo la mujer, se puso a gritar. Pero como el hombre ansiaba sanar, ordenó que desataran su casa; y así, encontraron a las dos serpientes, las sacaron y mataron. Luego le dijo a su mujer que ella había hecho comer a cierto hombre un grano de maíz que saltó de la tostadora a su parte vergonzosa. La mujer se vió obligada a contar lo que había ocurrido y a declarar que Huatyacuri decía la verdad. En seguida hizo levantar el batán. Encontraron debajo de la piedra un sapo de dos cabezas; el sapo voló hasta la laguna Anchi que había en una quebrada. Dicen que hasta ahora vive allí, en un manantial. Y cuando algún hombre llega hasta sus orillas: "¡Ña!", diciendo, lo hace desaparecer o pronunciando la misma palabra lo enloquece.

Después que ocurrieron estos sucesos, el hombre sanó; y cuando ya hubo sanado, el tal Huatyacuri fue, en el turno fijado, hasta Condorcoto. Allí estaba el huaca denominado **Pariacaca**, echado en forma de cinco huevos. Cuando llegó al sitio, el viento empezó a soplar; en los tiempos antiguos no soplaba el viento. Y como el hombre, ya curado, le había dado a su hija menor, Huatyacuri la llevó consigo. En el camino pecaron los dos.

El cuñado de la mujer, de quien hablamos antes, supo que la mujer había pecado; se enfureció, habló: "Voy a afrentarlo, lo dejaré en la mayor vergüenza" diciendo fue a desafiarlo. "Hermano: vamos a competir en lo que quieras" —dijo a Huatyacuri— "Tú, que eres un miserable, has tomado por mujer a mi cuñada que es rica y poderosa". "Está bien, acepto", contestó el pobre, y fue adonde su padre a contarle lo que le había ocurrido. Este le dijo: "Está bien, cualquiera cosa que te proponga, pero ven a avisarme inmediatamente". Y la competencia se hizo del modo siguiente:

Un día le dijo a Huatyacuri: "Hoy vamos a competir en beber y cantar". Entonces Huatyacuri, el pobre, fue a consultar con su padre. El le dijo: "Anda a una montaña; allí, finge ser un huanaco muerto y échate al suelo. Por la mañana, temprano, vendrán a verme un zorro y un zorrino con su mujer. Traerán chicha en un porongó (jarra pequeña), y también una tinya (tamborcillo). Creyendo que eres un huanaco muerto, pondrán en el suelo la tinya y el porongo, luego empezarán a comerte. El zorro, muy aturdido, dejará esas cosas en la tierra y también una antara (flauta de Pan) y comenzará a devorarte; entonces, tú, te levantarás, mostrándote como hombre que eres, y gritarás fuerte, como para que duela. Los animales huirán olvidándose de todo. Tú te llevarás el porongo y la tinya e irás a competir".

Tal como lo instruyó su padre hizo las cosas este pobre Huatyacuri. Y, así, ya en el sitio donde debía hacerse la competencia, la empezó el hombre rico. Se puso a cantar y a bailar con las mujeres, y cuando hubo cantado como unas doscientas canciones, concluyó. Entonces entró a cantar el pobre, acompañado únicamente por su mujer; entraron los dos, por la puerta. Y cuando el hombre cantó acompañándose con el tambor del zorrino, el mundo entero se movió. Y Huatyacuri ganó la competencia. Luego, se inició la de beber. El hombre rico invitó a los hombres que estaban en todos los sitios; bebió con ellos sin descanso. Mientras tanto, el pobre, tal como hoy lo hacen los hombres foráneos que se sientan en las reuniones, algo lejos y a cierta altura, así estuvo esperando. El rico se sentó, luego, tranquilo, sin pena, después de haber invitado a todos los hombres. Entonces, Huatyacuri entró a competir. Comenzó a beber con toda la gente, sirviéndole de su cantarito. Y la gente se reía: "¡Cómo puede creer que ha de satisfacer a tanta gente con ese poronguito", decían. Pero Huatyacuri invitó a los concurrentes. Empezando desde un extremo, mientras los otros reían, les sirvió con gran rapidez, y todos cayeron embriagados.

Nuevamente vencido, el hombre rico desafió al pobre en otra competencia para el día siguiente. La prueba consistiría en ataviarse con los mejores vestidos. Huatyacuri volvió a acudir donde su padre. Su padre le obsequió un traje hecho de nieve. Con ese traje quemó (deslumbró) los ojos de todos, y ganó la competencia. Después, el hombre rico trajo muchos pumas y desafió, una vez más, a competir a Huatyacuri. El pobre fue donde su padre, y cuando le hubo contado cuál era la nueva competencia que le proponía su rival, el padre hizo aparecer, en la madrugada, un puma rojo del fondo de un manantial. Y con ese puma rojo estuvo Huatyacuri, mientras el otro cantaba; y cuando Huatyacuri cantó con el puma rojo, apareció un arco en el cielo, lo que ahora se llama arco cielo, de colores, mientras cantaba.

El otro hombre lo desafió entonces en construir el muro de una casa y, como tenía tantos hombres a su servicio, en un solo día hizo levantar las paredes de una casa grande. Huatyacuri, en cambio, no pudo sino construir los cimientos y anduvo durante el día con su mujer, sin hacer nada; pero en la noche le auxiliaron los pájaros, las serpientes, todo ser vivo que hay en el mundo. Y cuando su rival vió la obra concluída, se espantó y lo desafió a construir el techo de la casa. Huatyacuri cargó en vicuñas la paja y las cuerdas, todo lo que era necesario para cubrir el techo de la casa; el otro hombre rico cargó en llamas cuanto necesitaba para la obra, y cuando la piara pasaba por un precipicio, pequeños gatos monteses la asustaron por encargo de Huatyacuri, que les había rogado que lo ayudaran. Las cargas fueron destruídas, las llamas cayeron al abismo, y venció en la prueba.

Como había vencido en todo, este hombre pobre le dijo a su rival, obedeciendo instrucciones de su padre: "Hasta ahora hemos competido en pruebas que tú has propuesto; enseguida lo haremos en otras que yo voy a proponer". "Está bien", le contestó el hombre. Y Huatyacuri propuso: "Vistámonos con huara (pañete que cubría la cintura y piernas) azul y que nuestra cusma (túnica) sea blanca; de ese modo vestidos, cantemos y bailemos". "Está bien", volvió a responder el rico. Y como él había iniciado las competencias, empezó también a cantar, y cuando estaba así, cantando, el tal Huatyacuri, lanzó un grito desde afuera; toda su poderosa fuerza se expandió en el grito, y el hombre rico, aterrado, se convirtió en venado y huyó. Entonces su mujer dijo: "Voy a morir con mi esposo querido" y, así diciendo, siguió al venado. Pero el hombre pobre, muy enojado, dijo: "Vete, corre; tú y tu esposo me hicieron padecer, ahora voy a hacerte matar a tí". Y diciendo esto la persiguió, le dió alcance en el camino de la laguna de Anchi. Allí le habló: "Aquí van a venir los hombres de todas partes, los de arriba y los de abajo, en busca de tu parte vergonzosa, y la encontrarán". Y dicho esto, la puso de pie, levantándola de la cabellera. Pero en ese mismo instante la mujer se convirtió en piedra. Y hasta ahora está allí, con sus piernas humanas y su sexo visibles; está sobre el camino, tal como Huatyacuri la puso. Y le ofrecen coca, hoy mismo, sí, por cualquier motivo.

Mientras tanto, el hombre convertido en venado, escaló la montaña y desapareció. Luego, se convirtió en devorador de seres humanos, y así fue en la antigüedad. Mucho después, se multiplicaron estos venados; aumentaron tanto hasta que, cierta vez, se reunieron para acordar de qué modo devorarían a los hombres, entonces, una cría se equivocó y dijo: "¿Cómo nos han de comer los hombres?", al oír estas palabras, los venados sintieron temor y se dispersaron. Desde entonces se convirtieron en comida humana.

Cuando ya concluyó la historia que hasta aquí hemos narrado, de los cinco huevos que el dicho Pariacaca puso en la montaña, volaron cinco halcones. Esos cinco halcones se convirtieron en hombres y se echaron a andar. Y como escucharon tanto de las cosas que habían hecho los hombres, y cómo diciendo: "soy dios", se hicieron adorar, enfurecidos por ésta y otras culpas, se alzaron convertidos en lluvia y arrastraron al mar todas las casas, las llamas, sin permitir que ni un solo pueblo se salvara. Y después de ese tiempo, del cerro Llantapa surgió un árbol llamado Pullao y se trabó en lucha con la otra montaña de nombre Huicho. Pullao era como un arco gigante, y sobre él estaban refugiados los monos, los pájaros, el caqui, todas las aves. Con todos estos animales, la montaña se fue al mar, desapareció. Y Cuando todo hubo acabado, Pariacaca, el que está arriba, y al cual llamamos Pariacaca, subió al sitio en donde se encuentra. De cómo subió hasta el sitio en donde ahora se encuentra hablaremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO 6

“Cómo Pariacaca nació cinco alcones y después tornó en personas y como estando ya vencedor de todos los yuncas de Anehicocha empezó a caminar al dicho Pariacaca y lo que sucedió por los camino”

Cuando ya Pariacaca tomó figura humana y hubo crecido, se hizo grande, empezó a buscar a su *enemigo*. El nombre de su enemigo era Huallallo Carhuincho, devorador de hombres. En adelante, nos ocuparemos de la lucha de ambos, porque ya hemos hablado de cómo fue la vida de ese Huallallo Carhuincho, de cuantas cosas hizo, de cómo devoraba a la gente; ahora, vamos a hablar de los sucesos que ocurrieron en los alrededores de Huarochirí. Tales sucesos se realizaron como lo vamos a contar en seguida:

Cuando Pariacaca tomó ya la figura humana, cuando era ya hombre grande, se dirigió hacia el Pariacaca de arriba, al sitio que habitaba Huallallo Carhuincho. En ese tiempo, en una estrecha quebrada que había muy abajo de Huarochirí, existía un pueblo yunca; se llamaba Huayquihusa. Los hombres de ese pueblo celebraban una gran fiesta; era día de bebida grande. Y cuando estaban bebiendo, así, en grande, Pariacaca llegó a ese pueblo. Pero no se dió a conocer; se sentó en un extremo del sitio que ocupaba la concurrencia, como si fuera un hombre muy pobre. Y como se sentó de ese modo, en todo el día, ni una sola persona le convidó nada. Una mujer común se dió cuenta del aislamiento en que estuvo Pariacaca; “¿Cómo es posible que a este pobre hombre no le hayan invitado nada?” diciendo, le llevó chicha en un mate grande, blanco. Entonces él le dijo: “Hermana: eres bienaventurada por haberme servido esta chicha; de hoy a cinco días más, no sabes todo lo que ocurrirá en este pueblo. Por eso, aquel día, tú no debes estar aquí; no sea que confundiéndonos a tí y a tus hijos con los otros, les pueda matar yo mismo. Estos hombres me han causado ira”, y siguió hablándole: “No has de comunicar nada de lo que te digo a estos hombres, porque si algo les dijeras, a tí también te mataré”. Obedeciendo la advertencia, esa mujer se retiró del pueblo antes del quinto día, en com-

pañña de sus hijos y de sus hermanos. Mientras tanto, los hombres del pueblo siguieron bebiendo sin temor ni pena.

Al mismo tiempo, el tal llamado Pariacaca, subió hasta una montaña que está en la parte alta de Huarochirí. Esa montaña se llama ahora "Macacoto" y el otro cerro, próximo, se llama "Puypuhuana". Y así, la ruta que seguimos para bajar a Huarochirí, se llama del mismo modo que los cerros. En esa montaña, Pariacaca empezó a crecer, y haciendo caer huevos de nieve (granizo) roja y amarilla, arrastró a los hombres del pueblo y a todas sus casas hasta el mar, sin perdonar a uno solo de los otros pueblos. Fue entonces que las aguas, corriendo en avalanchas, formaron las quebradas que existen en las alturas de Huarochirí. Y cuando desapareció todo, algunos de los hombres del pueblo (de Huayquihuso) bajaron a la zona caliente (yuncacuna), silenciosamente, sin hablar y sin que nadie los advirtiera. Se fueron hasta las chacras de Cupara. Y allí, los que habitaban ese pueblo Cupara, padeciendo de la sequedad de la tierra, sobrevivieron llevando agua de un manantial. El manantial salía de una montaña grande que está hacia arriba de *San Lorenzo*. Esa montaña, ahora, se llama Sunacaca. Allí había una laguna grande. De ella guiaban el agua hasta otras lagunas pequeñas, y llenándolas, se surtían de agua para regar.

En aquel tiempo, vivía una mujer muy hermosa en el pueblo del que hablamos; ella se llamaba Chuquisuso. Un día regaba, llorando, su campo de maíz; lloraba porque la poquísima agua no alcanzaba a mojar la tierra seca. Entonces Pariacaca, bajó, y con su manto tapó la bocatomá de la laguna pequeña. La mujer lloró más dolorosamente, viendo que la poquísima agua desaparecía. Así la encontró Pariacaca, y le preguntó: "Hermana: ¿por qué sufres?". Y ella le contestó: "Mi campo de maíz muere de sed". "No sufras —le dijo Pariacaca— Yo haré que venga mucha agua de la laguna que tienen ustedes en la altura; pero acepta dormir antes conmigo". "Has venir el agua, primero. Cuando mi campo de maíz esté regado, dormiré contigo", le contestó ella. "Está bien", aceptó Pariacaca; e hizo que viniera mucha agua. La mujer, feliz, regó todos los campos, no sólo el suyo. Y cuando acabó de regar los sembrados, "Ahora, vamos a dormir", le dijo Pariacaca. "Todavía no, pasado mañana", le dijo ella. Y como Pariacaca la amaba mucho, le prometió de todo, porque deseaba dormir con ella. "Voy a convertir estos campos en tierra con riego, con agua que vendrá del río", le dijo. "Has primero esa obra, después dormiré contigo", dijo ella. "Está bien", contestó Pariacaca y aceptó.

En ese tiempo, los pueblos yuncas tenían, para regar sus tierras, un acueducto muy pequeño que salía de una quebrada que se llamaba Co-cochalla y que estaba un poco arriba de San Lorenzo. **Pariacaca** convirtió ese acueducto en una acequia ancha, con mucha agua, y la hizo llegar hasta las chacras de los hombres de Huracupara. Los pumas, los zorros, las serpientes, los pájaros de toda clase, barrieron el piso del acueducto, lo hicieron ellos. Y para hacer el trabajo, todos los animales se organizaron "¿Quién va a guiar la faena, quién ha de ir por delante?", dijeron. Y todos quisieron ser los guías. "Yo, antes que todos", "Yo". "Yo", reclamaban. Ganó el zorro. "Yo soy el curaca; yo voy a ir por delante", dijo. Y comenzó el trabajo, encabezando a los otros animales. El zorro guiaba la obra, los otros le seguían. Y cuando iba avanzando el trabajo, por encima de San Lorenzo, en un cerro, de repente se echó a volar una perdiz. Saltó: "¡Pisc, pisc!", gritando. El zorro quedó aturdido; "¡Huac!", diciendo, se cayó; rodó hacia abajo. Los otros animales se enfurecieron e hicieron subir a la serpiente. Dicen que si el zorro no se hubiera caído, el acueducto hubiera seguido por una ruta más alta; ahora pasa un poco por debajo. Y aún se ve muy claro donde cayó el zorro; el agua baja por allí mismo.

Cuando el acueducto estuvo concluido, Pariacaca le dijo a la mujer: "Vamos a dormir". Pero ella contestó: "Subamos hacia los precipicios altos; allí dormiremos". Y así fue. Durmieron sobre un precipicio que se llama Yanaccacca. Y cuando ya hubieron dormido juntos, la mujer le dijo a Pariacaca: "Vamos a cualquier sitio, los dos". "Vamos", respondió él. Y se llevó a la mujer hasta la **bocatoma** del acueducto de Cocochalla. Cuando llegaron al sitio, esa mujer llamada Chuquisuso dijo: "Voy a quedarme en el borde de este acueducto", e inmediatamente, se convirtió en yerta **pedra**. Pariacaca siguió cuesta arriba, siguió caminando hacia arriba. Pero de este suceso hablaremos después. En la boca-toma de la laguna, sobre el acueducto, una mujer de helada piedra está; ella es la que se llamaba **Chuquisuso**. Y cuando hicieron otro acueducto, por una zona más alta, también en ese tiempo y en ese lugar llamado Huinconpa, está ahora Cuniraya, helado e inerte. Allí fue donde Cuniraya acabó. Pero de todo lo que hizo antes, hemos de hablar en los *capítulos* siguientes.

CAPITULO 7

Cómo, los Cuparas adoran a esa mujer llamada Chuquisuso.

El ayllu que se llamaba Cupara forma parte de la *reducción* de San Lorenzo de Quinti. Existe hasta ahora. De este ayllu se formó otro llamado Chahuineho; Chuquisuso pertenecía a la parte del antiguo ayllu que ahora es Chahuincho. Por eso, los habitantes de este ayllu, ~~limpian el acueducto~~ conforme lo hacían en la antigüedad, ~~en el mes de Mayo~~. En esa ocasión todos, toda la gente, iba hasta la piedra en que se convirtió Chuquisuso. Llevaban chicha, una clase de comida que se llama ticti y cuyes y llamas para adorar a esa mujer demonio. Concluida la ceremonia, se encerraban en un cerro de troncos de quishuar, y desde allí saludaban a Chuquisuso durante cinco días, sin moverse. Después de esta adoración limpiaban el acueducto. Concluida la limpieza de la acequia, la gente bajaba al pueblo cantando y bailando. Con mucho respeto y temor traían una mujer, y decían: "Esta es Chuquisuso" y se rendían ante ella como si fuera la misma a quien representaba. Algunos la adoraban con todo lo que podían. Y así, bebían y cantaban durante toda la noche y celebraban una *fiesta* muy grande. Desde entonces, aún cuando vivía el antiguo y poderoso *don Sebastián*, en el día de *Corpus* y en la *Pascua* grande: "Soy Chuquisuso", diciendo una mujer servía chicha en una vasija de gran tamaño y, con un pote (*), también grande, servía a toda la gente, de un extremo a otro: "Es la chicha de nuestra madre", decía. Ella misma, también, entregaba a cada persona una porción de maíz tostado que llevaba en un gran mate. Cuando se había concluido de limpiar la acequia, los hombres se *convidaban* unos a otros, maíz, porotos, toda cosa buena.

Y como crecían en esas costumbres, todos los hombres: "Ya está limpio el acueducto de Chuquisuso", diciendo iban de Huarochirí y de todos los pueblos a ver la acequia. Del mismo modo, aún ahora, cuando han concluido de limpiar la acequia, todo cuanto presienten que deben hacer, hacen, adoran (a la acequia). Los *alcaldes* y otra clase de personas no los atajan de

(*) Mate o vasija de calabaza.

hacer estas costumbres; no les dicen: "Sin razón alguna adoran". Siguen festejando la limpieza de la acequia *porque* los venee el deseo de cantar y beber con los demás, hasta embriagarse. "He limpiado la acequia, sólo por eso voy a beber, voy a cantar", dicen, mienten al padre.

Y esto, de hacer, lo hacen los hombres de todas partes. Pero algunos, cuando tienen un buen sacerdote, lo olvidan; y otros, adoran y beben a escondidas. Y así, de este modo, viven hasta hoy.

CAPITULO 8

Cómo ascendió Pariacaca; cómo un hombre, con su lanza, volvió hasta la boca de Pariacaca y luego, cómo Pariacaca se encontró con Huallallo Carhuincho.

Ya hemos hablado de la existencia de Huallallo Carhuincho, pero no hemos dicho nada de cómo vivió y construyó su pueblo. En tiempos antiguos, él habitó en el llamado Pariacaca de arriba. Cómo estuvo allí, exactamente no lo sabemos, ni en qué sitio. Ahora se entiende que fue en la laguna llamada Mullococha. Porque, cuando Huallallo se convirtió en fuego llamante para luchar con Pariacaca, Pariacaca lo venció e hizo de aquella zona una laguna, que ahora se llama Mullococha. En esa zona que llamamos Mullococha, dicen que vivió Huallallo. Entonces toda esa parte tenía muchas tierras cálidas, estaba poblada de grandes serpientes, caques y toda clase de *animales*; cuando Huallallo vivía allí, la tierra estaba cargada de estos animales. Así como en un capítulo anterior hablamos de cómo existieron hombres antropófagos y cómo era la tierra entonces, así fue el sitio en que habitaba Huallallo. Después, cuando Pariacaca derrotó a Huallallo Carhuincho, en la cima de Ocsa se fundieron los cinco (en uno, los cinco halcones convertidos en hombres). Y apenas se fundieron, la tierra se enfrió y empezó a caer granizo, mientras él (Pariacaca) se regocijaba.

En ese momento, vino un hombre llorando intensamente; traía a su hijo; llevaba también mullo (*), coca y un potaje selecto llamado ticti, "Para que los tome Huallallo", decía. Uno de los cuerpos de Pariacaca le preguntó: "Hijo, ¿adónde vas llorando tan tristemente?". Entonces el hombre contestó: "Padre: llevo este hijo mío, tan amado, para servirselo a Huallallo". Luego de oírlo, Pariacaca le dijo: "No lo llesves, hijo. Vuelve a tu pueblo. Dame a mí las otras ofrendas y vuelve con tu hijo a tu pueblo. Cinco días después, regresa nuevamente aquí para que veas cómo lucho. Si me ves vencer bien, "Ha vencido nuestro padre", me dirás. (Huallallo) ha de pretender derrotarme con un gran fuego; y, si con la fuerza del fuego me derrotara, tú dirás: "Ha concluído la lucha", me hablarás".

(*) Conchas marinas molidas, coral.

Y el hombre, ese hombre, preguntó muy atemorizado: "¿No se enfurecerá contra mí Huallallo Carhuincho?". "No importa que se enfurezca; no podrá hacerte nada. No ha vencido aún. Yo he de crear otro hombre, que tenga "ami" (*) y que tenga "llata" (*), otra mujer que tenga "añasi" (*) he de crear, otra mujer y otro hombre. Así he de ordenar", dijo. Y mientras hablaba, brotaba de su boca el aliento y una especie de vapor azulado.

El hombre, muy atemorizado, entregó a Pariacaca todas las ofrendas. Y los cinco devoraron los corales y trozos de conchas, rechinando los dientes. El hombre regresó a su pueblo llevándose a su hijo. Y, transcurridos los cinco días, cumplió la orden de Pariacaca y volvió. "Iré a ver", dijo. Ya habían transcurrido los cinco días; empezaba la lucha de Pariacaca contra Huallallo Carhuincho. Se cumplía el pronóstico. Como Pariacaca estaba formado por cinco hombres, desde cinco direcciones hizo caer torrentes de lluvia; esa lluvia era amarilla y roja; después, de las mismas cinco direcciones empezaron a salir rayos; pero, desde el amanecer hasta la tarde, Huallallo Carhuincho permaneció vivo, como fuego inmenso que ardía y alcanzaba hasta el cielo; no se dejó matar. Mientras tanto, las aguas que Pariacaca hizo llover, se precipitaron hacia abajo, a una laguna, en avalancha toda el agua. Y como el agua iba a desbordarse, algunos hombres de abajo, de Llacsachurapa, derribando una montaña, contuvieron el agua. Así contenida el agua formó una laguna que es la actual llamada Mullococha. Y cuando las aguas llenaron el lago, Pariacaca apagó el inmenso fuego y siguió lanzándole rayos sin descanso. Entonces Huallallo Carhuincho huyó hacia la región que se llama Anti. Uno de los hijos de Pariacaca persiguió al fugitivo; se quedó a la entrada de la región de Anti, y hasta ahora está allí: "No vaya a volver", pensando sigue allí, vigilante, hasta ahora. Su nombre es Sulluyallap.

Ya vencedor, Pariacaca, supo que había una mujer llamada Manañamca. Era demonio y había vivido con Huallallo Carhuincho. Se encontraba, entonces, en la parte baja de Mama, en algún lugar de esos sitios. Pariacaca fue hacia abajo de Tumna, a luchar contra la mujer. Ella empezó a arder como fuego, y desde el lugar en que estaba, hacia abajo, lanzó ¿una piedra? e hirió en el pie de uno de los hijos de Pariacaca llamado Chuquihuampo. Y ocurrido esto, Pariacaca venció a la mujer y la arrojó en dirección del mar. Le costó padecimientos vencerla. Y fue, después, hacia el sitio en que estaba su hijo Chuquihuampo. Tenía la pierna quebrada. Pero él le dijo a su padre: "No es conveniente que yo vuelva. Desde aquí vigilaré a esa mujer, Manañamca. Puede ser que pretenda regresar". "Está bien", respondió el padre. Y dió órdenes para que el hijo tuviera siempre comida, lue-

(*) Palabras que no he podido traducir.

go dijo: "Todos los hombres de estas dos quebradas te traerán coca, tú masticarás coca antes que nadie lo haga; y cuando la hayas probado, después que tú, podrán hacerlo los otros. Además, degollarán para tí llamas viñayrrua que aún no hayan parido, y también te ofrecerán trozos de orejas que han de cortarles; todas estas cosas comerás por siempre". Así ordenó, mandó que se hiciera. Y recordando y cumpliendo lo que él dispuso, le llevan coca, antes de probarla, a él primero, desde Sacica, desde Sontoya, desde Chichima, desde Mama, desde Huayocalla, desde Sucyacancha. Le llevan hasta en estos tiempos, aunque ahora escodiéndose. Y así, de ese modo viven.

CAPITULO 9

Cómo Pariacaca, cuando hubo concluido de hacer todo, empezó a dar instrucciones para ser adorado.

Ya hemos concluido de hablar de las hazañas que en todas partes hizo pero no hemos dicho nada de la vida de Huallallo Carhuincho después que Pariacaca lo *sentenció*. Cuando Huallallo, de vencedor, cayó vencido y huyó, fue sentenciado por (Pariacaca) a comer perros, por haber sido antes devorador de hombres. También ordenó que los huancas le adoraran; y, como su *dios* comía perros, también los huancas le ofrendaban estos animales y ellos mismos se alimentaban de perros. Y es esa la razón de por qué hasta ahora a los huancas los llamamos comeperros.

Luego, como ya dijimos en el *capítulo* anterior, todos los pueblos de que hemos hablado, los que forman el conjunto de pueblos de la *provincia* de Huarochirí y también de la *provincia* de Chaclla Mama, tenían yuncas. (Pariacaca) los empujó hacia abajo: "Aquí han de habitar mis hijos", dijo, señalando. Estos (los hijos de Pariacaca), vencedores, eran cada uno, a solas, hijos de Pariacaca. Pero el hijo único era uno; otros dicen: "De él eran todos, nacieron del fruto del árbol".

Empezando por el *mayor*, los nombres de esos hijos eran como sigue: Chucpaico, Chancharuna, Huariruna, Utochueco, Tutayquiri, Huarquinri, Hasenmale. Todos estos vencieron a los yuncas. Después, salió de la tierra un hijo de Pariacaca, y su nombre fue Pachachayro. En el *capítulo* anterior olvidamos de hablar de las hazañas que hizo; más adelante las vamos a contar.

Así, los personajes de que hablamos, vencieron a los yuncas, los empujaron; y por eso, olvidando a su *dios* antiguo, empezaron a adorar a Pariacaca, todos. Esos yuncas habitaron, de veras, en un pueblo de los Checas, llamado Colli. Nombrar todos sus pueblos y decir lo que hicieron, cómo vivieron, sería difícil. Vamos a relatar algunos casos, vamos a referirnos a ellos enseguida, *porque* la vida de todos los yuncas era una sola.

Este Pariacaca, apenas empezó a vencer en la parte alta, y donde quiera que lo hizo, inmediatamente habitó esa tierra; también dió órdenes para ser adorado, señaló cómo debía adbrársele. En todos los pueblos impuso la misma forma de la adoración que decimos. Así era: de todos los que somos como un sólo hijo (ayllu, linaje o familia) escogía a uno y a ese le ordenaba, a él, a solas: "Tú, recordando mi vida, siguiéndola, celebrarás cada año una pascua". Los nombres de los elegidos eran Huacasa. "Estos Huacasas cantarán y bailarán tres veces en el año, trayendo (¿cargando?) coca en un saco muy grande" (dijo Pariacaca). Para elegir estos antiguos Huacasas, los hombres (actuales) hacen una prueba:

Un hombre del ayllu de Cacasica, en donde, desde tiempos antiguos saben la razón de ser de esta prueba y, por eso, son maestros, uno o dos de ellos, a quienes se les denomina Yañca en todos los pueblos, él, desde un muro bien construído, mira el caminar del sol, y en cuanto el sol llega al muro, vocea a la gente y les dice si deben ir ese día o al día siguiente. Y siguiendo al Yañca los hombres van a adorar a Pariacaca.

Antiguamente iban hasta el mismo Pariacaca; ahora, dicen que van los Checa sólo hasta el cerro llamado Incacaya, y desde allí lo adoran. Yñacaya se une con otra montaña, Huallquiri, que se alza arriba de la Casa Abandonada; en ese sitio se reúne toda la gente, ahora, hombres y mujeres. Y, para escalar el cerro, obedecen la voz del Yañca que dice: "Yo llegaré primero a la cabeza (de la montaña)". Y compiten en la carrera, tratan de ganarse unos a otros arreando a las llamas del cerro; los hombres muy importantes también avivan la marcha detrás de las llamas pequeñas. La llama que llegaba primero a la cima de la montaña era muy estimada por Pariacaca. A este cerro (Huallquiri), en tiempos antiguos, el mismo Pariacaca le puso el nombre: "Ha de tener este nombre", diciendo. Y al (hombre) que tenía la llamita pequeña (y había llegado primero) el Yañca le decía: "Este que tiene la llama es feliz, tiene gran alegría; es amado por Pariacaca". Y ése era especialmente distinguido y bien mirado por todos. Esta ceremonia de adoración era llamada Auquisma y la adoración a Chaupíamca, Chaucosma. De esta última hablaremos más adelante. "La fiesta de Auquisma caía más o menos en junio", diciendo o calculando, quizá, la hicieron coincidir con la Pascua.

En esa fecha, los Huacasas de los que hemos hablado, bailan y cantan cuando son diez o cuando son veinte. Pero estos cantos los entonan y bailan sin la vigilancia de los Padres, y sin convidarse bebidas. Si alguien muere después de haber rechazado (de su propia voluntad, el canto) dicen

que ha muerto a causa de esta culpa. Por eso, a todos los hombres les hacen cantar y bailar desde que son niños, los hacen competir (entre ellos). Pero a los hombres de Surco les hacen cantar y bailar huayllas (*).

Cuando un hombre se casa con una mujer del pueblo de Surco, y canta y baila el huayllas, aun cuando el hombre sea *forastero*, no le quitan las chacras; por el contrario, lo ensalzan y auxilian. Todos los que van de Surco a Suquiachanca a comprar coca: "Soy Huacas madre, dame una yapa", dice, y así compra. Esta fiesta, que ahora la juntan con la *Pascua cristiana* más grande, la cantan y bailan mejor que en todos los pueblos, estos hombres de Surco. Y por celebrarlo de tal manera, el *padre* (cura católico del pueblo) pide gallinas, maíz, todo cuanto elige, a la gente del pueblo, y ellos lo obsequian con mucha alegría. Asimismo celebran la *pascua* (fiesta) de Chaupiñamca estos Huacas, cantan y bailan. Y dicen que coincide con la fecha del *Corpus*. De cómo es esta fiesta y en qué sitio la hacen y cómo los hombres la celebran, hablaremos más adelante, en un *capítulo*.

Ahora, volvamos a ocuparnos de la vida de Pariacaca. Qué cosas y cómo hacían su *pascua* (fiesta) en esos tiempos. Para hablar de eso, ha de ser lo que nuestra boca diga a continuación:

Cuando ya estaba próximo (el día) de la adoración de Pariacaca, todos los que habían tenido muertos durante el año, hombres y mujeres, se reunían una noche, y esa noche lloraban y llamaban: "He aquí que hemos de ver a nuestros muertos delante de Pariacaca", decían. Y esos muertos también llamaban. "Allí hemos de hacer que les alcancen", diciendo, les servían comida, y sirviéndoles y haciéndoles comer, pasaban la noche. "Ahora he de conducirlos ante Pariacaca para siempre; jamás volverá", diciendo, depositaban las ofrendas. Adoraban ofreciendo una cría de llama, y si no la tenían, llevando una gran bolsa de coca. Examinaban el corazón de la llama; si la encontraban bien, decían: "Está bien"; y si no la encontraban bien: "No está correcto, eres pecador, hasta tu muerte ha ofendido a Pariacaca. Pide *perdón* por esta culpa, no sea que nuevamente el pecado vuelva hacia tí", decían: así decían los Yañica. Y luego que concluían todas estas ceremonias, los yañica se llevaban las cabezas y también los lomos de las llamas, aunque fueran varios miles; "Es lo que valgo" afirmaban.

Los que hemos llamado huacas cantaban tres veces al año y concluían de ser tales el último día. Y para que entraran otros nuevos se procedía (a la elección) antes de que se realizara el último baile y canto. Todos

(*) Danza y canto actual de cosecha en el valle del Mantaro.

en Llacsatambo, asimismo los Concha, entraban al centro de una pampa. Llevaban una flor, el ala del huacamayo, o cualquier otra parte de esta ave al que llamaban puypu. Colocaban esas cosas sobre una piedra, en medio de la pampa (¿plaza?) de Llacsatambo. Y ya colocadas, toda la gente se reunía allí donde está la *cruz*, y pasaban la noche entera diciendo: "Si será bueno este año para mí". Al día siguiente empezaban una visita a todos los pueblos, y también al cerro Machaco y a Chaucallama y también a Quemquellama; caminaban durante cinco días. Al término de los cinco días, todos los huacasas cantaban, llevando sus bolsas especiales llenas de coca. Ese mismo día, al amanecer, en Llacsatambo, adoraban al supay (diablo) hasta con una llama. Y aún ahora, en todos los pueblos hacen las mismas ceremonias. Quizá, ahora, puedan olvidarlas; está aquí sólo este escaso año, el *doctor Francisco de Avila* que tiene mucha sabiduría y buen entendimiento. Pero así y todo, acaso no pueda llegar hasta el corazón lo que él diga. Ya tuvieron otro padre (sacerdote, y quizá (todos) simulen igual que algunos que se mostraban como cristianos sólo por temor; "No sea que el *padre* o alguien descubra que no soy bueno (cristiano)" decían esos y, aunque *rezaban el rosario*, encargaban a otros, les rogaban que cumplieran por ellos las adoraciones antiguas. Esto hacían por temor, y así viven.

Del mismo modo como hemos narrado (estas ceremonias), la gente de Concha cumple con celebrarlas en el tiempo que corresponde a la fiesta de Pariacaca, en un cerro llamado Huaycho. Todo cuanto hacen los huacasas y Checás, ellos hacen; cantan, bailan, y también los de Sunicancha, en ese cerro ya nombrado, adoraban a Pariacaca, en su tiempo. Y los hombres de Santa Ana y los que están en San Francisco, todos los que son llamados Chaucauric, se dirigen por donde bajamos al río Aparhuayqui, por el cerro que se denomina Acusica; y desde allí adoran a Pariacaca, en su tiempo. Y para estas ceremonias no pueden debilitarse. Algunos la funden con la *pascua grande*, otros con el *Espíritu Santo*. Y cuando para las celebraciones estas se ausenta el cura hacia Lima, ellos se regocijan mucho. Y es gran verdad lo que digo.

Todo cuanto hemos relatado de la adoración a Pariacaca en los cerros, comenzó desde la llegada o la aparición de los Huiracochas (españoles) pues, desde entonces simulaban ser algo como piedras; antes de ellos, todos los hombres de todas partes iban hasta el mismo Pariacaca; los yuncas también iban, desde los Colli, desde los Carahuaillo, los Ruricancha, los de Latim, Huancho, Huilla, los de Riacha, Yañac, Chichimama, Mama, de todos los yuncas; desde ese (¿lugar?) llamado Hucmayo, desde allí, también los de Casicaya; y los Pachacamás también; y desde allí, Caringa y los Chilcas;

y desde allí, los hombres que viven en el río Huarochiri, hacia abajo; de sitios muy lejanos, de unas y otras zonas yuncas, de todas, venían, con su ticti (potaje de comida), con su coca, con todas las cosas que debían ofrendarse durante la adoración, llegaban hasta el mismo Pariacaca (la montaña). Y cuando regresaban a sus pueblos, los recibían, en cada uno, toda la gente reunida. Los esperaban para preguntarles: "¿Cómo está nuestro padre Pariacaca? ¿Está tranquilo? ¿No está enojado?". Y luego, muy regocijados, cantaban y bailaban, durante cinco días, hasta la consunción; no sabemos cuántos días vivían de esta manera.

Este culto, esta adoración, así como la hemos narrado, ya no la hacen los yuncas ahora; pero todos ellos, a escondidas, cumplen con las ceremonias; porque si faltan, dicen que se tornan estériles, y así dicen de los que viven montaraces: "Ellos viven nuestra antigua vida, y por ser de ese modo ellos se multiplican, son fértiles".

CAPITULO 10

Cómo era Chaupiñamca, dónde vivía, de qué modo se hacía adorar.

Ya, sí, hemos concluído de contar la vida de Pariacaca; pero no hemos hablado de cuanto hicieron sus hijos a quienes hemos nombrado en el capítulo nueve. En adelante, vamos a ocuparnos de lo que cada uno de los hijos de Pariacaca hizo separadamente y de cómo vencieron a estos pueblos que hemos llamado yuncas. Ahora vamos a escribir acerca de cómo fue Chaupiñamca.

Esta llamada Chaupiñamca fue hija de un hombre poderoso, de Anchicocha, y que se llamaba Tamtañamca; fue mujer del pobre hombre sin tierras llamado Huatyacuri. De esa historia ya hablamos en el capítulo quinto. Chaupiñamca tuvo cinco hermanas; ella fue la mayor. Obedeciendo un mandato de Pariacaca, bajó a vivir a Mama. Y así, esta llamada Mamañamca iba diciendo: "Yo soy la que creo (de crear) a los hombres". Algunos dicen ahora, de Chaupiñamca, que fue hermana de Pariacaca; y ella misma, cuando hablaba, decía: "Pariacaca es mi hermano".

Chaupiñamca era una piedra yerta con cinco alas. Para adorarla hacían igual que con Pariacaca: corrían en competencia hacia la montaña, arreado a sus llamas o cualquier otro animal; si alguna llama iba hacia Pariacaca por sí misma, ella guiaba a (todos). Cuando la piedra de cinco alas que era Chaupiñamca apareció ante la vista de los viracochas (españoles) éstos la hicieron enterrar, por ahí, en el corral de caballos del cura de Mama. Dicen que hasta ahora se encuentra en ese lugar, bajo la tierra. Creen que esta Chaupiñamca era madre de todos los hombres de todas partes; ahora aseguran que es la madre del pueblo de *San Pedro*.

Dicen que esta mujer, en tiempos antiguos, caminaba con figura humana y pecaba (relaciones sexuales) con todos los huacas, y no tenía en cuenta a ningún hombre de los pueblos, no decía de ellos: "Este es bueno". Entonces hubo un hombre huaca sobre el cerro Mama; se llamaba Runacoto. Ante Runacoto iban los hombres que tenían el miembro viril corto y le

pedían que se los hiciera crecer. En cierta oportunidad, Chaupiñamca tuvo relaciones con Runacoto y éste la satisfizo mucho con su miembro viril grande. Y por eso ella lo prefirió entre todos los huacas y vivió con él para siempre; vivieron convertidos en piedra en ese lugar llamado Mama.

Enseguida vamos a hablar de las hermanas de Chaupiñamca que hemos nombrado: la *mayor* de todas era Chaupiñamca, la seguía Llacsahuato, a ésta la seguía Mirahuato, y luego Urpayhuacha. No sabemos cual fue la más estimada, pero eran cinco y cuando los hombres deseaban consultarles algo, cualquiera de ellas decía: "Tengo que hablar primero con mis hermanas".

La fiesta de Chaupiñamca la celebran ahora en junio, la han hecho coincidir con el día de *Corpus Christi*. Antes la fijaba el Yañca de que hemos hablado. Regresaba, luego de haber contemplado el sol, decía: "Tal día mismo ha de ser".

En el capítulo noveno hablamos de cómo bailaban en el año los Huacas, pero no hemos nombrado esos cantos y bailes, qué cantaban en cada una de las tres veces que debían hacerlo al año. Así era: en el antiguo día llamado Auquiñma, celebraban la pascua de Pariacaca; luego cantaban en el turno de Chaupiñamca; después, en el mes de noviembre, juntándolo con la fiesta de *San Andrés*, bailaban un baile y canto especial llamado chanco. Esta danza y canto vamos a describirlos con cuidado más adelante. Ahora, volvamos a la fiesta de Chaupiñamca. La celebraban los Huacas cantando y bailando durante cinco días; llevaban colgadas del cuerpo sus bolsas de coca. De los demás hombres, aquellos que tenían llamas, llevaban pumas y bailaban y cantaban; los que no tenían llamas lo hacían así nomás, solos. Quienes llevaban pumas decían: "Ahora él (¿la tierra?) madura". Ese canto se llama: "huancay cocha". Otros cantos llamados ayño también cantaban y bailaban, y el canto llamado "Casayaco". Cuando cantaban y bailaban el "casayaco", Chaupiñamca se alegraba especialmente, porque para danzarlo se quitaban los vestidos y se cubrían sólo con parte de los trajes; lo vergonzoso de cada hombre (el sexo) lo cubrían con un paño corto de algodón. Cantando y bailando (el casayaco) decían: "Chaupiñamca se regocija mucho viendo la parte vergonzosa de cada uno de nosotros". Y cuando cantaban y bailaban esta danza, comenzaba la maduración del mundo. Todas estas cosas hacían en esa pascua (de Chaupiñamca).

CAPITULO 11

Cómo cantaban y bailaban la danza que hemos dicho que se llamaba chanco. Hablando de este baile nos referiremos también a Tutayquiri, hijo de Pariacaca. Los sucesos fueron como sigue:

Ya, sí, repetimos, en el capítulo nueve, los nombres de los hijos de Pariacaca, pero no hablamos de la vida particular de cada uno de ellos. Aquí vamos a narrar las victorias de uno de ellos, de Tutayquiri. En la fiesta dedicada a él se bailaba y cantaba la danza chanco que ya nombramos. Este Tutayquiri era hijo de Pariacaca. Entonces, en los tiempos antiguos, los Checa también eran Quintes, eran hermanos menores de los Quintes y, por eso, los odiaban mucho, por haber sido formados después.

Y así, un día, Tutayquiri diciendo, dijo: "No tengais pena, hijos, aun cuando hablen (las peores cosas) de vosotros; que os estén odiando, no importa. Después, los Checa vencerán y tendréis el nombre de villca (Willca, nombre antiguo del sol, cosa sagrada), y a quienes ahora sienten rencor por vosotros, a estos quintecitos, toda la gente los mirará con *menosprecio*; huaccha (Wakcha, miserable, hombre que no tiene bienes) los llamarán". Eso dijo, y pocos días después, poniéndose de acuerdo con una parte de sus hermanos, este Tutayquiri, empezó a atacar a los yuncas de Llacsatambo. Estos yuncas que habían oído las palabras de Tutayquiri, se espantaron y decidieron huír más abajo del pueblo llamado Colli. Estos Collis están junto a los Carahuayllos, y los muertos (de ambos pueblos) son puestos hasta ahora en el antiguo pueblo (¿de Checa?), en la casa de los muertos.

Después, Tutayquiri, bajó a las quebradas de Sisicaya y Mama. Como lluvia roja y lluvia amarilla caminó; entonces, los hombres, algunos, en sus propios pueblos, lo esperaron para adorarlo. El, Tutayquiri, no despreció a ninguno; se apresuró a sentarse para que en él conocieran a su padre. Desde entonces tratan a los Checas como si fueran sus hermanos: "Estos son nuestros hermanos menores", dicen. Y, también, hasta el momento en que escribimos para contar estas cosas, los habitantes de San Pedro de Mama dicen (¿de los Checas?): "Soy quien te harta, soy tu pueblo". Los Checas consideraron, igualmente, como a sus hermanos a los de Allauca, hasta a los de Huichu; y de ese modo vivieron.

Y así, estos Checas recuerdan a Tutayquiri: "Yo camino por donde anduvo la fuerza de él", dicen todos los hombres de todos los pueblos y salen a cazar, a hacer el chaco en el mes de noviembre. En esa ocasión piden que haya lluvia. "Ha de llover del mundo", exclaman. Celebrando la memoria de la fuerza de Tutayquiri salen a hacer el chaco (caza) todos, los que son huacasas y los hombres comunes. En un lugar llamado Mayani, más arriba de Tupicocha, subían a adorar.

Y en el día de la caza, si atrapaban a un huanaco o si atrapaban un venado y cualquier otro animal que cazaran, quien lo cazaba lo entregaba al huacasa de su ayllu, si su ayllu tenía huacasa. Antes de la entrega le arrancaba el rabo para bailar con él la danza llamada ayño. Quien no alcanzaba a atrapar ningún animal, bailando sólo el chanco, cantaba. Al día siguiente salían de Mayani hacia Tumna. Y en Huacsatambo se reunía la gente de todas partes, hombres y mujeres. "Ha de llegar ya Tutayquiri", decían. En la plaza misma, llamada Tumna, de Huacsatambo, hay ahora, unas piedras amontonadas; al llegar al centro de ese cúmulo de piedras, todos adoraban. Llegaban también hasta ese sitio, los de Chauti y los de Huanari, llevando chicha, y adoraban. Y después, al día siguiente, alzando lo que podían de las presas cazadas, los huacasas, muy felices: "Ahora ya somos macayos", diciendo, muy felices, volvían a dormir en Pucuta. Al otro día llegaban a Llacsatambo. Allí, como sabían que habían de llegar, todos los que en ese pueblo se habían quedado, viejos y viejas y cualquier clase de gente, los esperaban con chicha.

Y así, cuando ya llegaban, "Vienen muy cansados", decían y arrojaban chorros de chicha, indistintamente, sobre los hombres, en el suelo y en la puerta de entrada del pueblo. Y ellos, los que habían venido desde sitios muy bajos, ponían un poco de carne en la boca de los cántaros de chicha. Y cuando concluía el recibimiento, los hombres de todas partes, reunidos y sentados en la pampa, empezaban a cantar el ayño. El conjunto de estas ceremonias se llama ahora chanco. Cumplido el chanco, hasta el mundo, "Ya", diciendo, empezaban a hacer la lluvia.

Durante el turno de este baile y ceremonias del Chanco, había en la casa del Yañca llamado Isquiyacu una especie de árbol; y de eso que hemos llamado árbol, brotaba agua. Viendo esa agua, la gente decía: "Este año ha de haber buena lluvia, buena maduración". Pero si esa especie de árbol permanecía seco, exclamaban: "Este año ha de haber mucho padecimiento".

CAPITULO 12

Cómo los hijos de este Pariacaca empezaron a vencer a todos los yuncas.

Ya, sí, en estos diez *capítulos* hemos hablado de las hazañas de los hijos de Pariacaca. También hemos contado, sí, como todos los pueblos tenían yuncas. Ahora vamos a hablar de Chucpayco, Chancharuna, Huariruna, Utcochuco, Tutayquiri, Sasinmari, Pachachuyru; de cuáles fueron sus andanzas, de todo eso.

Todos ellos, en los antiguos tiempos, anduvieron por todos los pueblos, con mucho poder, porque teniendo tantos hermanos podían ya ser fuertes. Así, este Chucpayco, como el mayor de todos, era muy reverenciado y caminaba cargado en andas.

Tutayquiri fue jefe muy poderoso porque venció a todos. Y por haber sido así, poderoso, fue el primero en derrotar a Iscamayo, del que ya hablamos. En Uncatupi, hacia la *frontera* con Pariacha, hay una montaña negra; allí, en la montaña, Tutayquiri clavó un bastón de oro. Considerando a estos yuncas como si ya fueran (¿súbditos?) y dispensándolos, dijo: "Sin que se considere que pueden dar honor a otros, estos yuncas vencerán y someterán estas zonas (las próximas a la montaña negra)". Y la montaña donde clavó el bastón se llama ahora Uncatupi Caparicaya.

Y así, los otros hermanos se pusieron en camino, subiendo de Tupicocha por el viejo camino que tomamos ahora hacia un sitio que se llama Quisquitambo y, otro, Tumnacha, por la ruta que seguimos para ir a Lima, al llegar a esos lugares oyeron decir que Tutayquiri había vencido a todos los pueblos, y se regresaron. Desde entonces los hermanos sintieron mucho temor por Tutayquiri, porque había llegado a ser un gran jefe.

Y luego (Tutayquiri y su gente) bajaron a Huarochirí y también a Huaracaranco. El (Tutayquiri) tomó la delantera. Entonces, esa mujer llamada Chuquisuso de la que hablamos, tenía una hermana; ella, la hermana, esperó en su chacra a Tutayquiri, para hacerlo caer en la mentira. Y,

mostrándole su parte vergonzosa y también los senos, le dijo: "Padre, descansa un poco; bebe siquiera algo de esta chicha, come de este potaje". Y él se quedó. Y viéndolo descansar y quedarse, unos y otros también se quedaron en aquel lugar. Por esa causa, sólo conquistaron hasta el pueblo Allauca de Abajo (Ura Allauca). Si Tutayquiri no hubiera sido engañado por esa mujer, entonces, hasta Caracu de Abajo habría pertenecido a los de Huaro-chirí y Quinti, todas las chacras.

De cuanto hicieron cada uno de ellos vamos a escribir más adelante.

CAPITULO 13

La gente de Mama cuenta de otro modo la vida de la huaca Chaupiñamca, cuando a ellos se les pregunta. Lo que dicen es como sigue:

En tiempos muy antiguos existió una huaca llamada Hananmaclla. Dicen que su esposo pudo haber sido el sol y que Pariacaca y Chaupiñamca, fueron, probablemente, hijos de esta pareja. Ella, Chaupiñamca, fue creadora de gente, tanto de hombres como de mujeres, como Pariacaca.

Por ser así, creadora, los habitantes de Mama, para celebrar la fiesta de Chaupiñamca, le ofrendaban un poco de chicha, en la víspera de *Corpus Christi*. Después, unos y otros, llevaban animales de diferentes clases y los *sacrificaban* como ofrendas a la huaca, ponían cuyes o cualquier otro animal (¿junto a la huaca?) y de ese modo la adoraban. Para la fiesta, se reunía la gente de todas partes, hombres y mujeres, sus curacas y sus *alcaldes*. Así juntos, bailaban toda la noche hasta el amanecer, bebiendo, embriagándose; pasaban hasta la aurora danzando el baile llamado Ayllihua. Después (en el día) salían al campo, a la pampa, y allí ya no hacían otra cosa que beber y embriagarse. "Es la fiesta de nuestra madre", decían. Cuando se les pregunta: "¿Cómo celebraban la fiesta antes de la llegada de los huiracochas (españoles)?" ellos dicen: "Antes de que aparecieran los españoles bebían, cantaban y se embriagaban durante cinco días en el mes de junio, pero desde que los huiracochas llegaron, sólo celebran a Chaupiñamca durante la *víspera del Corpus*".

Chaupiñamca tenía una *segunda* hermana que se llamaba Casallaca; a ella la celebraban en la víspera (¿de la fiesta de Chaupiñamca?) y también a sus otras dos hermanas llamadas Hurpayhuachac y Huichimaclla.

Los Checas dicen: "Solamente Chaupiñamca eran cinco; la mayor de éstas se llama Cotacha o Palltacho Chaupiñamca; a la *segunda* hermana nos hemos referido con el nombre de Copacha y era (en verdad) Llacsahuato". Dicen que Llacsahuato vive en Chellaco. La fiesta de Llacsahuato la celebraba la gente de Chellaco y otros (pueblos) mientras aún vivía el curaca

de Casicaya, *don Diego* Chauca Guaman; hasta que *don Martín* llegó (a ser curaca). Por eso no sabemos cómo fue esa *fiesta* ni en qué mes se hacía.

Luego existió Ampuchi o Ampuxi de la que hemos dicho que se llamaba Mirahuato. No sabemos bien nada de ella ni donde habitó; pero la gente dice: "Ella vivía con su hermana Llacshuato". Los hombres de Huarochirí, de estos alrededores o de cualquier sitio, iban a consultar a estas dos hermanas si enfermaban sus hijos, sus hermanos o sus padres. Un *sacerdote* de estas huacas, de quien aún se acuerdan después de que ya han transcurrido sesenta años, se llamaba Chumpiticlla; y sólo de él se acuerdan. En el tiempo de *Don Diego* (la sacerdotisa) era una mujer que se llamaba Lucía.

Después de haber adorado a estas huacas, les imploraban con estas palabras: "Ah Llacshuato, Mirahuato: tú eres la hacedora de los hombres. Tú mejor que Chaupiñamca, conoces mis culpas. Dime ¿por qué causa estoy enfermo, por cuál culpa vivo padeciendo?". Y diciendo esta imploración volvían a adorarlas. "Ambas hermanas viven la una en la otra" afirmaban, y les rendían culto.

A estas huacas las veneraban especialmente *porque* creían que Chaupiñamca no decía a los hombres la verdad de la verdad, que a veces mentía. Por eso hablaban: "Vamos adonde nuestra madre Llacshuato Mirahuato, oigámosle a ella, lo que diga sobre nuestras culpas, y hagamos lo que nos ordene", diciendo estas cosas se dirigían a la huaca. Y así, aun cuando celebraban en cada año la *fiesta* de Chaupiñamca no la hacían debidamente, y cuando la adoraban y ofrendaban, lo hacían más por cumplimiento, por hacer acto de presencia; unos decían "iré", otros "no iré", y procedían conforme a su voluntad, nada más.

Ahora hablemos de Sulcacha o Xulcapaya, a la que llamamos huaca Lluncunhuachac. Esta era, sí, la cuarta hermana. Dicen que esta huaca es de la zona de Canta, pero no sabemos si los de Canta le rendían culto. Dicen que estaba algo lejos de Canta. Y la (huaca) que hemos dicho que se llamaba Añasi o Añapaya vive en el fondo del lago (¿o del mar?). Algunos dicen: "Ella fue Cahuillaca". Otros dicen: "Es otra la que habita al borde del lago (¿o del mar?); ésta (Añasi) vive en un abismo de rocas". Por estas razones esta huaca no tenía *sacerdote*.

Para hablar con la huaca Urpayhuachac iban muy bien diferenciados, muy distinguidos, porque debían hablar con ella *cara a cara*, pues la huaca no tenía cinturón. Y así, cuando regresaban de la visita: "He hablado con ella", decían y ayunaban durante un año y no pecaban con ninguna mujer.

Todas las huacas que hemos nombrado, cada una se llamaba Namca. Y eran hermanas. Y así, cuando llegaban ante una u otra de ellas, exclamaban: "Ah, Namca, las cinco", y le contaban sus tristezas, cualquiera que fuera el pueblo donde sufrían.

Los hombres de este pueblo de Checa somos quienes sabemos estas cosas de Chaupiñamca Llacsahuato Mirahuato Lluncuhuachac Urpayhuachac.

En los antiguos tiempos, todas las huacas que hemos nombrado, preguntaban a las personas que iban hacia ellas: "¿Vienes en nombre de tus hijos, hasta el último, en nombre de tu padre y de tu abuelo; alcanza hasta ellos tu representación?. A quien decía "No", le respondían: "Vuélvete. Escucha primero a tu hijo, el último". Y se iban y volvían; sólo entonces (ellas) contestaban de todo: "Has enojado u ofendido a éste o a aquél —les decían— Eres fornicario, o bien: en la fiesta de Pariacaca pecaste con una mujer". Y de ese modo eran, capaces de hablar de cuanto había. Y ordenaban: "En el río Tinco has de bañarte; vas a degollar tu llama para ofrendármela". Y todos cumplían estos mandatos con gran alegría, hacían cuanto se les indicaba. Algunos se aliviaban, otros morían, aunque todos habían cumplido hasta el fin lo ordenado.

Ya, pues, sí, hemos escuchado cómo fue la vida de las hermanas de Chaupiñamca. Pero la gente, en sus pueblos, ayllu por ayllu, cuentan de otro modo estas historias y hasta los nombres de las huacas; los hombres de Mama las pronuncian de modo distinto que los de Checa. Algunos afirman de Chaupiñamca: "Fue hermana de Pariacaca"; otros: "Dicen que fue hija de Tamtañamca". De este Tamtañamca hemos hablado, sí, en cinco capítulos anteriores. Algunos dicen de él: "Fue hijo del sol". Pero una afirmación como ésta no es para que la podamos creer.

CAPÍTULO 14

En el capítulo anterior señalamos cómo existió Cuniraya y si vivió antes o después que Pariacaca; eso.

Cuniraya Huiracocha dicen que fue muy antiguo, más antiguo que Pariacaca y que todos los demás huacas. A él cuentan que lo adoraban más. Algunos afirman: "Dicen que Pariacaca también era hijo de él", así dicen por eso vamos a hablar de cómo se extinguió Cuniraya Huiracocha.

Cuando los huiracochas (españoles) estuvieron a punto de aparecer, Cuniraya fue hacia el Cuzco. Y entonces hablaron, él y el Inca Huayna Capac, entre ellos. Cuniraya le dijo: "Vamos, hijo, al Titicaca; allí te haré saber lo que soy". Y luego, diciendo, dijo: "Inca, da orden a tu gente, a los brujos, a todos los que tienen sabiduría, para que podamos enviarlos a las regiones bajas, a todas". Apenas habló Cuniraya, inmediatamente, el Inca dió la orden.

Y así, algunos de los hombres (¿emisarios?) dijeron: "Yo fui creado por el cóndor". Otros dijeron: "Yo soy hijo del halcón" y otros: "Yo soy el ave voladora golondrina". A todos ellos les ordenó (el Inca): "Id hacia las regiones bajas y allí decid a todos los padres: me envía vuestro hijo; dice que le remitas a una de sus hermanas. Así hablarán". De ese modo les ordenó.

Entonces, el hombre que fue creado por la golondrina y los otros, partieron, habiéndoseles dado sólo cinco días de plazo para volver.

El emisario que fue creado por la golondrina les tomó la delantera. Llegó a su destino e hizo saber lo que se le había ordenado. Y le entregaron una pequeña caja: "No has de abrirla", le dijeron, "el mismo poderoso Inca Huayna Capac la abrirá". Así cumplieron.

Y ese hombre golondrina, cuando estaba ya por llegar al Cuzco, exclamó: "¡Mál! Voy a mirar lo que aquí hay encerrado". Y abrió la caja. Una señora, una gran señora hermosísima estaba dentro; sus cabellos eran como oro encrespado, su traje era excelso, pero era muy pequeña de estatura. Apenas vió al hombre, la señora desapareció. Entonces, entristecido, el

emisario llegó al Titicaca y llegó al Cuzco. "Si no hubieras sido creado por la golondrina, al instante te habría hecho matar. Vuelve, pues; tú mismo regresa", le dijeron.

Y el emisario regresó y cumplió. Mientras, de vuelta, traía (la caja) y en el camino sentía sed mortal o hambre, no necesitaba sino hablar y se le presentaba una mesa tendida con todo lo que pedía. Lo mismo ocurría cuando necesitaba dormir. De ese modo, a los cinco días exactos llegó. Y, tanto el Inca como Cuniraya, lo recibieron con gran alegría.

Y así, antes de que abriera (la caja), Cuniraya dijo: "Inca: sigamos este pachac(*). Yo, sí, yo entraré a este pachac; y tú entra a ese otro pachac, con mi hermana. Ni tú, ni yo debemos encontrarnos, no". Diciendo esto abrió el cofre, y al instante, en ese instante, nació una luz, relampagueó una luz. Entonces, el Inca Huayna Cápac habló: "No he de volver de aquí a ninguna parte; aquí he de vivir con esta ñusta (princesa) mía, con este amor". Luego ordenó a un hombre de su ayllu: "Y tú, mi doble, mi semejante: soy Huayna Cápac, proclamando, vuelve al Cuzco". Y no bien pronunció esas palabras desapareció con esa señora; Cuniraya hizo lo mismo, desapareció.

Y desde entonces, después que aquél al que hemos llamado Huayna Cápac murió, ya uno, ya otro: "Yo antes que nadie", diciendo, pretendieron presentarse como poderosos jefes. Y cuando esto ocurría, aparecieron en Cajamarca los españoles (huiracochas).

Hasta hoy sólo sabemos de Cuniraya Huiracocha lo que de él cuentan la boca de los checas. De las cosas que hizo cuando anduvo por estas regiones no hemos concluido de escribir.

(*) Si bien pachac corresponde exactamente al número cien, esta significación no concuerda con el contexto que parece dar a esta palabra el sentido de dirección, área geográfica o agrupación social; por tal razón no la hemos traducido.

CAPITULO 15

Desde este punto y de cuanto hablamos en los dos capítulos anteriores, de cómo Cuniraya fue muy antiguo o posterior, seguiremos escribiendo.

Dicen que Cuniraya Huiracocha fue muy antiguo. Antes que él existiera no había nada en este mundo, dicen. Y fue él, creen, quien hizo las montañas, los árboles, los ríos, los animales de todas las clases y las chacras para que el hombre pudiera vivir. Por esta razón dicen de Cuniraya: "Fue el padre de Pariacaca". "Si no hubiera sido hijo de él, lo habría tratado como a un perro", afirman todos. A los otros pueblos, haciendo una u otra cosa, los subyugó. De estos sucesos hablaremos más adelante.

CAPITULO 16

Aquí hemos de escribir acerca de cómo Pariacaca nació de cinco huevos; de si ellos fueron hermanos y de si fue realmente Pariacaca el padre de ellos; de eso, de más o menos eso hablaremos

Ya, sí, en el capítulo noveno señalamos cómo Pariacaca, habiendo nacido de cinco huevos tuvo o no hermanos o si algunos de ellos fueron sus hijos. Ahora, después de eso, vamos a escribir los nombres de cada uno (de los cinco personajes).

De este Pariacaca, que nació de los cinco huevos, ya hablamos en el capítulo catorce. "Se dice que somos hijos de Cuniraya", afirmando esto, más o menos, cada uno de los cinco fue hermano, uno del otro. Sus nombres, empezando por el del mayor, fueron: Pariacaca; enseguida, Cura-pa; enseguida, Puncho; enseguida, Pariacarco. No sabemos el nombre del último y aquí hemos de dejar un espacio en blanco, para que lo podamos escribir cuando lo hayamos averiguado. [Dicen que se llamaba Sulcayllapa. Este a quien hemos llamado Pariacarco se dirigió hacia la entrada de la región de los Antis: "Huallallo Carhuincho puede regresar", dijo, y se quedó. Y afirman que hasta ahora está allí. A los otros cuatro (hermanos) sí, también los nombramos; y se dice que este Huallallo Carhuincho no huyó inmediatamente. Cuando a Mullullococha, de la que hablamos ya, entraron los hermanos de Churapa Pariacaca y la convirtieron en lago, en ese instante, Huallallo, se transformó en pájaro y voló. Dicen que se internó en una montaña llamada Caquiyoca. Cuentan que esta montaña es un gran precipicio de rocas. Metiéndose a ese abismo, dicen que se escondió Huallallo.

Entonces, Pariacaca, lanzando rayos y, también sus cinco hermanos, lanzando rayos penetrantes, derrumbaron, dicen, el precipicio e hicieron temblar a Huallallo. Este, luego, hizo salir una inmensa serpiente de dos cabezas, llamada Amaru: "Ha de espantar a Pariacaca", dijo. Pariacaca, viendo a la gran serpiente, hizo un bastón de oro y con él punzó en el centro del lomo a la bestia. El Amaru se enfrió y se convirtió en piedra. Este Amaru helado se puede ver claramente, hasta ahora, en el camino que va por Caquiyoca, en las alturas. Y los hombres del Cuzco o de cualquier otro sitio que saben, que tiene conocimientos, rascan el cuerpo de este Amaru con al-

guna piedra y sacan polvo de ella para emplearlo como remedio. "No caeré en la enfermedad", dicen.

Y así, cuando Huallallo Carhuincho fue arrojado del precipicio de Caquiyoca, se metió en la profunda quebrada de Caquiyacahuayqui. De allí, escaló una montaña llamada Pumarauca y dijo: "Desde aquí podré cercar a Pariacaca y no podrá guiarse hasta este sitio". Y diciendo esto plantó el ala de un pájaro llamado caqui, la alzó como una lanza. Pero entonces, Pariacaca, rompió el ala del pájaro; convirtió al caqui en piedra, y venció, nuevamente. Derrotado Huallallo Carhuincho, ya sin fuerzas, huyó hacia la región que llamamos Anti. Y Pariacaca, reuniendo gente, ya de una zona, ya de otra, persiguió a Huallallo. Cuando éste se perdió en el Anti, Pariacaca designó a un hermano suyo llamado Pariacarco para que se quedara a guardar la entrada: "Puede volver, puede intentarlo", dijo.

Este Pariacarco está aún ahora; es una montaña con gran nieve. Quiénes son los que le rinden culto no lo sabemos. Pero, ya, sí, en el capítulo nueve dijimos: "Comen perros ahora, por haber comido hombres, antes"; y dijimos también que esos fueron los huancas.

CAPITULO 17

Ahora vamos hablar de cómo (Pariacaca) volvió, luego de haber dejado a su hermano Pariacarco en la puerta de entrada de la región Anti. Ya hablamos de cuanto dijo su hermano y de cómo empezó a hacerse adorar, ahora vamos a hablar de un suceso que olvidamos: habiendo ya vencido, consumada su victoria, regresó (Pariacaca) con sus hermanos a la montaña que llamamos Pariacaca. En esa misma zona existe otra montaña, muy nevada, que se llama Huamacayo a la cual no es posible subir. Dicen algunos: "Ese es Pariacaca".

Mucho después, cuando llegaron los huiracochas (españoles) y vieron la gran nieve de esa montaña: "Ese es Pariacaca", dijeron también ellos. Pero él (el huaca) vive, según se cree, en un precipicio de rocas que está un poco más abajo del mismo Pariacaca. A ese mismo sitio entraron sus otros hermanos, y luego que entraron, al instante, dijeron: "Aquí he de habitar, que aquí vengan a rendirnos culto". Y en ese precipicio hicieron su pueblo, su residencia.

Ya dijimos antes: "Hay una montaña que se llama Huamacayo, es inalcanzable por la mucha nieve que tiene". Allí descansó (Pariacaca) cuando volvía de la región Anti. Desde esa montaña convocó a todos los hombres que habitan en el Tahuantinsuyo, antes que hubieran nacido los incas, en tiempos muy antiguos. Cuando la multitud estuvo reunida, creó a los Huacasas y les ordenó que instruyeran a la gente acerca de cómo debían rendirle culto.

Cuando aparecieron los incas, también ellos asentaron a los Huacasas y vivieron muy venerados. A esa reunión, de toda la gente en la montaña, se le llamó Tahuantinsuyo, y desde ese tiempo.

Por aquella época, Huallallo Carhuincho, que no olvidaba su *traición*, hizo aparecer un *animal* en la montaña donde vivía Pariacaca. "Lo va a enterrar", dijo. Ese animal que se llamaba huhi se extendió por todas partes. Si el huhi hubiera logrado permanecer, le habría quitado la vida a Pariacaca. Y por eso, a todos los hombres del Tahuantinsuyo, él les ordenó: "Préndanlo". Apenas recibida la orden, la gente empezó a buscar al animal, a perseguirlo por todas partes, pero no lo encontraron. Pariacaca lanzó rayos y torrentes de lluvia; no lo pudo matar.

Entonces, en un lugar muy lejano, un hombre de Checa, del ayllu de Cacasica, logró atrapar al animal. Y otro hombre, de Quinti, le dijo: "Hermano, tú eres muy feliz. Anda y preséntate flameando la cola del animal, deja que yo lleve la carne". "Está bien", contestó el hombre de Checa. Pero, tomando otro camino, el hombre de Quinti se presentó ante Pariacaca y le dijo: "Padre, yo lo atrapé".

Pariacaca se regocijó mucho y halagó al hombre. Este individuo de Quinti se llamaba Chucpayco. Poco después, llegó el otro hombre con el rabo del animal, entonces Pariacaca le dijo al de Quinti: "Por haber mentido ante mí lucharás con los Quintis; "pestilentes" les dirán ellos (con razón) a tus hijos", y siguió apostrofándolo horriblemente. Luego refiriéndose al ayllu de Cacasica y Huarcancha, hasta Llilicancha, el mismo Pariacaca dijo: "Tú, por haber atrapado a este animal, serás elevado a la clase yañica. Daré oídos a todo lo que de tus pueblos me hables y los otros pueblos deberán hablarme por intermedio de ustedes, a ustedes deberán decirles primero lo que quieran que yo sepa". Y le puso, él mismo, un nombre al que atrapó ese huhi: "Te llamarás Ñancaparya", le dijo. Desde entonces, los pueblos que hemos nombrado son yañicas. Los de Concha también fueron yañicas, designados por el mismo Pariacaca, quien les puso el nombre de Huatusi. Y así, todos los que son yañica fueron instituidos por el mismo Pariacaca.

Fueron éstos los sucesos que nos olvidamos de contar de la vida de Pariacaca.

CAPITULO 18

Ya, sí, hablamos de cómo el Inca veneró a Pariacaca y respetó a los huacasas. El, el propio Inca, dicen que ordenó: "De los Yauyo de Arriba y los Yauyo de Abajo han de servir a Pariacaca, treinta, en el mes de Pura". Y por eso, hasta entonces, treinta le sirvieron, quince por cada zona, dándole de comer. Y así, un día, le adoraron sacrificando una llama cuyo nombre era Yauriuanaca. De los treinta servidores, uno de ellos, que se llamaba Llacuas Quita Payasca Pariasca, en el momento en que los treinta hombres contemplaban el corazón y el hígado de la llama, en ese instante, dijo: "¡Ah, atac! No está bien el mundo, la entraña, hermanos. No pasará mucho tiempo y nuestro padre Pariacaca se convertirá en silencio, en salvaje (purun)".

Los otros le contestaron: "No, sólo tu boca habla. ¿Qué sabes tú?". Y uno de ellos, también habló: "¿Por qué señalas tú lo nefasto que ha de suceder? En este corazón habla muy bien nuestro padre Pariacaca". Pero este hombre permanecía alejado del corazón de la llama, sólo lo había contemplado desde lejos; sin embargo, también pronosticó. Y volvió a hablar: "El propio Pariacaca, dice: hermano". Y tanto este hombre como los otros arrojaron a Quita Payasca Pariasca en un lodo de insultos. "Llacuas, hombre pestilente, ¿qué puede saber ése?. Nuestro padre Pariacaca tiene sus dominios hasta los hombres del Chinchaysuyo, hasta no sé qué límites. Y él ¿puede caer en el silencio, en la nada? ¿Qué entiende, qué sabe este hombre?". Hablaron enfurecidos, muy enojados.

A los pocos días que ocurrió esta disputa, oyeron todos la noticia: "Los huiracochas (españoles) han aparecido en Cajamarca".

En ese tiempo, aquí en Checa, vivía un anciano de Pariacaca, del ayllu de Casicaya; se llamaba Tamalliuya Caxalliuya. De los treinta sacerdotes que tenía Pariacaca, este Tamalliuya Caxalliuya era el más sabio, el que mejor guardaba la memoria. Cuando llegaron los huiracochas (españoles) preguntaron: "¿Dónde está la plata y los trajes de este huaca?". Ninguno de los sacerdotes quiso confesar. Entonces los españoles, enfurecidos, prendieron fuego, rápidamente, con unas yerbas secas. Decidieron quemar a Caxalliuya. Sopló el viento cuando el fuego empezaba a subir de un

costado al cuerpo de Caxalliuya. El hombre sufría, padecía; los otros le entregaron a los españoles todo lo que pidieron y había.

Ocurrido esto, exclamaron todos: "Gran verdad nos dijo ese Llacuas Quita Pariasca. Hermanos: dispersémonos. El mundo ya no está bien", y así, se dispersaron por todos los pueblos. Y, entonces, el hombre de Checa a quien casi quemaron vivo los españoles, consiguió guiar hasta su pueblo a un hijo de Pariacaca. El hijo se llamaba Macahuisa y el pueblo del hombre de Checa, Limca, de Quinti. De esos sucesos hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO 19

Dicen que este Macahuisa, hijo de Pariacaca, fue llevado por los antiguos incas en calidad de aliado.

Los pueblos de Xihuaya no podían ser derrotados; como el inca no podía derrotarlos le pidió al hijo de Pariacaca: "Vence tú a esos hombres de Xihuaya y Amaya". Así fue como (Pariacaca) le dió a su hijo Macahuisa. Y apenas llegó éste, derrotó a los pueblos que hemos nombrado. Desde entonces, los incas veneraban más aún a Pariacaca, enviándole oro y trajes; y para sus treinta servidores hacía que los pueblos le entregaran maíz, coca y cuanto cosa necesitaran, a fin de que vivieran bien. Fue por eso, como dijimos hace un rato, que los huiracochas (españoles) quitaron a Pariacaca todo su oro, y todo cuanto tenía. Y lo que los españoles no se llevaron lo hizo quemar *Don Sebastián*, que murió poco después.

Y así, como dijimos también hace poco rato, el ya nombrado Caxalliuya, que se llevó a Macahuisa al pueblo de Limca, se hizo notable por la grandeza del hijo de Pariacaca, y vivió muchos años muy respetado. Durante ese tiempo, luego de algunos años, los de Checa que tuvieron noticia de lo bien que estaba (el pueblo de Limca) dijeron: "Que se traiga aquí a Macahuisa", y enviaron por él cuando era curaca don *Julio Puyputacma*, que murió. Entonces el viejo Caxalliuya, el quemado por los españoles, tenía ya seis hijos; vino con ellos en ese tiempo, aquí, a Llacsatampo.

Cuando llegó Diego Llacsatampo le hablaron (los checas): "Padre Macahuisa: dinos si has de proteger con bien a tu gente de Checa". Y sacrificando una llama buscaron en sus entrañas la respuesta; encontraron los mismos signos que en la llama de Huauycancha, señales que fueron proclamadas por ese (sacerdote) Llacuas Quita Pariasca, lo mismo que él dijo. Y allí Caxalliuya Tumalliuya, de quien hablamos y cuyos hijos ya habían muerto, dijo, sintiéndose él mismo ya para morir: "Así fue cuando estuve a punto de llegar, *porque* cuando recién se llega todo está muy bien. Y ya, ahora nada habrá, ni enfermedades ni sufrimientos". Así dijo.

Desde entonces, levantaron a Macahuisa en este pueblo, en el mes llamado *Pura* y le *servieron* en todos los ayllus de los Checas. Una noche se reunían hombres y mujeres y pasaban la noche juntos hasta el amanecer.

A esa hora, le ofrendaban cada quien lo que podía, cuyes y otras especies, y le hablaban: "Ayúdame, auxilia a este pueblo; tú eres quien lo guardas. Tú alivias todas las enfermedades", le decían.

En el pueblo que hemos llamado Limca era donde mejor servido estaba (Macahuisa). Una chacra que se llamaba Yamlaca era sembrada por una huaranca (mil) de hombres; ellos empleaban toda su fuerza en esa chacra, para que este Macahuisa tuviera mucho que beber. Y por eso, allí, los hombres se convirtieron en muy ricos, ya con una cosa (producto) ya con otra cosa. Entonces, los de Checa sintieron mucha envidia, por haber sido ellos gente del finado don Juan Puyputacma Caxalliuya, y dijeron: "Que lo traigan (a Macahuisa) ¿Por qué ha de estar protegiendo a ese pueblo un huaca Checa tan bueno?". Y diciendo esto enviaron por él. Desde ese tiempo, dicen que residió aquí (el huaca). Es eso lo que sabemos los del pueblo de Checa sobre Macahuisa.

CAPITULO 20

En esta parte comienza la (narración) de la vida de Llocllayhuancu y cómo acabó él, después.

Dicen que este huaca llamado Llocllayhuancu fue hijo de Pachacamac. La aparición (de Llocllayhuancu) fue vista por una mujer llamada Lantichumpi, del ayllu Alaysatpa; ella lo encontró mientras trabajaba en su chacra. Cuando escarbaba la tierra, volvió a encontrarlo otra vez. "¡Qué será esto!", diciendo, lo arrojó al suelo. Pero nuevamente encontró eso mismo que había arrojado; entonces: "Esto acaso puede ser un huaca" —dijo— "Voy a mostrarlo a mis padres y a mis parientes". Y lo llevó.

Afirman que en ese tiempo estaba un huaca enviado por el Inca; se llamaba Catiquilla y se encontraba en el pueblo de Llacsatampo. El huaca Catiquilla tenía el poder de hacer hablar a cualquier otro huaca aunque él no quisiera o no pudiera hablar. Ejercitando este poder, le preguntó a Llocllayhuancu: "¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre? ¿Cómo viniste hasta aquí?". Y el huaca le respondió: "Yo soy hijo de Pachacamac, del que hace estremecer el mundo. Mi nombre es Llocllayhuancu. He venido por orden de mi padre. El me dijo: "Anda a proteger al pueblo de Checa".

Al oír esto, la gente se regocijó mucho. "Está bien —dijeron— que viva entre nosotros, que nos proteja".

Y entre todos, los de Checa y los de Chanti, convirtieron la pequeña casa de la mujer que encontró al huaca en una residencia amplia; la construyeron con gran temor y respeto, para que allí fuera adorado. Eligieron el mes llamado Pura para celebrar la fiesta del huaca; y entraban a servirle ayllu tras ayllu. Cuando Allauca (el pueblo) empezaba, como principal: "Entremos", decían los otros e iniciaban la fiesta, ordenadamente, de acuerdo entre todos; ofrendaban llamas. Y al mes que nosotros llamamos Pura, ellos le dan el nombre de "Chayana". "El llega (entonces)", dicen.

Durante esta fiesta que llamamos "Chayay", en tiempos antiguos, la gente cantaba y bailaba poniéndose el ehucrupu huaychay ahua (tejido de chucrupu huaychay), del mismo modo como en la fiesta de Pariacaca se engalanaban con el mismo tejido.

De ese modo veneraron y adoraron durante muchos años a este Lloc-llyahuancu. Pero, una vez que no le rindieron culto como era debido, el huaca desapareció; se fue donde estaba su padre Pachacamac. Los hombres se afligieron mucho, y lo buscaron. Hicieron un hueco profundo en el mismo sitio de la chacra donde la mujer Lantichumpi lo encontró.

Aflijidos, decidieron ir donde Pachacamac los hombres de más conocimientos y edad. Y se encaminaron llevando cuyes, llamas, vestidos de todas clases.

Y así, habiendo adorado y entregado ofrendas al padre, hicieron volver (a Lloc-llyahuancu). Desde entonces con renovado fervor lo adoraron; destinaban para él al jefe de las llamas; y a este jefe de las llamas lo hacían pastar en un paraje llamado Sucyahuilca. "Es la llama de Pachacamac". decían. El Inca también confirmó esta orden.

Desde entonces y por mucho tiempo, en todos los pueblos de que hemos hablado, ayllu por ayllu, adoraron a este huaca. Cuando llegaban las enfermedades, a él le pedían que curara a los dolientes; cuando hería a alguien cualquier pena o caían en desventuras, cuando amenazaban los enemigos, cuando la tierra se estremecía: "Mi padre está irritado", clamaban muy espantados y le dedicaban ofrendas; le servían maíz, el maíz inca, tomándolo de los depósitos, para que el huaca bebiera (chicha).

Pero, cuando llegó el Padre Cristóbal de Castilla, cuando estuvo en esta reducción, y era curaca don Gerónimo Canchuhuaman, cesó el culto al huaca, porque ambos curas lo odiaban. Vino entonces la gran peste de sarampión y la gente empezó a adorar (al huaca), y el curaca que hemos nombrado dijo: "Que sea cosa de él o que provenga de él". Y no habló a nadie, ni nada más. Hasta que un día que la gente estaba reunida y bebiendo en la casa desierta (¿del huaca?), ardió la casa y se quemó toda, por la voluntad de Dios.

Cuando murió don Gerónimo, en ese tiempo, el curaca don Juan Sac-salliyua empezaba su mando, y como él también era Huacasa, toda la gente de todos los pueblos empezaba a vivir como había vivido en sus tiempos antiguos. Volvieron a acercarse a Lloc-llyahuancu y a Macahuisa, y acercándose a ellos, llegando a donde estaban, amanecieron bebiendo.

Después, ahora, con la predicación del señor doctor Avila, una parte de la gente está regresando a Dios, y rechazando esas cosas antiguas. Como no pudo volver el corazón de los hombres hacia el Dios hombre, dice (de los huacas) "¡Son el diablo!", y así, se van convirtiendo, sino, no sabemos cuanto tiempo hubieran continuado como eran. De este hecho vamos a hacerles oír (un suceso) inmediatamente, a continuación:

May un hombre llamado *Don Cristóbal Choquecaxa*; su padre fue don *Gerónimo Canchuhuaman* a quien ya nos referimos y que ya es finado. Este hombre, día a día tuvo una vida correcta. Su padre rechazaba el culto a los huacas, pero fue engañado con las mentiras del diablo y, al final de su vida, cayó en el pecado. Antes de morir *confesó* cómo muchos perversos y antiguos diablos lo habían confundido. Sólo nuestro *Dios* poderoso puede saber adónde está, después de su muerte, este hombre.

Pero su hijo, sí, el ya nombrado *Don Cristóbal*, está vivo; y él vió, con sus propios ojos, al diablo *Llocllayhuancu*, porque también lo tentaron los antiguos demonios, desde el tiempo en que murió su padre. El suceso que vamos a contar fue revelado, bajo juramento, diciendo: "Por esta cruz".

Dice, *don Cristóbal*, que una noche fue a la casa de *Llocllayhuancu*, porque allí estaba una joven suya (*sipasnin*). El había dejado de creer ya en el huaca y ni se acordaba de que existía. Cuando estaba ya en la casa, entró a un pequeño cuarto derruido, para orinar. Y en el sitio donde ahora se ha puesto una cruz vió aparecer una fuente de plata que brilló como si se hubiera convertido en el sol del día; esa luz cegó los ojos del hombre, como cuando repentinamente se hace la noche. Ese demonio (el huaca) hizo aparecer (al resplandor) ante el hombre. *Don Cristóbal* cayó al suelo; luego, rezando el *Padre Nuestro* y el *Ave Maria*, se arrastró hasta llegar al *aposeno* de la mujer. Y tres veces apareció la luz cegadora, durante las tres veces que el hombre salió afuera. Como había relampagueado tres veces, antes de que él llegara al *aposeno* de la mujer, y otras, mientras estuvo escondido, la luz se mostró nueve veces en la noche. Aterrado, el hombre llegó a la habitación en que la mujer dormía, e hizo que se levantara. Dos niños dormían con la mujer, y como los niños lloraron mucho: "Es nuestro padre, así es él", dijo (la mujer) para asustarlos. Los niños eran hijos de la mujer que era *sacerdotisa* del demonio.

Y así, durante la noche, del mismo modo como un hombre al entrar en la oscuridad convierte la noche aún en más oscura, de ese modo alguien entraba y salía (al *aposeno*); tronaban los pasos en las orejas de *Don Cristóbal*; la casa parecía que iba a derrumbarse; de ese modo (el demonio) quiso rendir a *Don Cristóbal*. El rezaba todas las oraciones que sabía; clamando a *Dios* Poderoso con su voz más doliente; repetía la *doctrina*, todo lo que sabía, cuantas veces pudo. Pero como pasó la media noche y el demonio seguía atacándole y él no podía conjurarlo, llamó a nuestra madre *Santa María* "¡Ah, madre mía! —dijo— tú eres la única madre que tengo y siendo así ¿ha de vencer este malvado demonio? Tú, madre mía, auxiliame, aunque sea como a un hermano culpable. Confieso que yo mismo *serví* a este demonio; ahora ya sé que es demonio. Este no es *dios*, no puede ser capaz de hacer nada bueno. Sólo tú, reina, tú has de salvarme del

peligro; háblale de mí a tu hijo Jesús, a fin de que ahora mismo me libre de este riesgo, de las manos de este perverso demonio" hablando así y llorando, se dirigió a nuestra madre Virgen a nuestro único amor. Y cuando concluyó de hablarle, rezó en latín el "*Salve, Regina Mater Miserecordiae*"

El hombre pronunciaba esta oración, estaba ya a la mitad de la oración, y el perverso demonio sacudió la casa, la removió y, convertido en lechúza, se fue. En este momento amanecía; todo estaba tranquilo, nada hubo que espantara al hombre, nada que entrara o saliera de la casa.

Desde entonces (Don Cristóbal) adoró más fervorosamente a Dios; y auxilió por toda la vida a la Virgen Santa María. Al día siguiente de aquel suceso que le ocurrió, reunió a toda la gente y les habló, les contó lo que había ocurrido; dijo: "Hermanos míos, padres míos: el huaca Llocclayhuancu al que tanto temíamos era sólo una lechuga demonio. Anoche, con el auxilio de nuestra madre la Virgen Santa María yo lo he vencido. Desde hoy no debéis entrar, ninguno de vosotros, a su casa. Si yo veo entrar a alguien a esa casa puede que lo acuse ante el Padre; porque lo que les he dicho deben recibirlo en todo el corazón".

Algunos quizá creyeron en lo que el hombre dijo; otros permanecieron callados, temiendo. Pero desde entonces, de verdad, dejaron de llegar (a la casa del huaca).

Después, esa misma noche, mientras Don Cristóbal dormía en su casa, se le apareció (el demonio). Esto hemos de contarlo enseguida:

CAPITULO 21

Aquí, aunque no haya modo de narrar un sueño, hemos de hablar de cómo ese perverso demonio espantó a don Cristóbal, y también de cómo fue vencido.

Ya, sí, hemos hablado del perverso Llocllayhuancu y de cómo era un demonio, y hemos oído la historia de la lucha victoriosa de Don Cristóbal con ese demonio, pero el tal demonio quiso vencer a *Don Cristóbal* en el sueño.

La noche del día siguiente(de la lucha) el huaca hizo llamar con un hombre a Don Cristóbal (durante el sueño).El se dio cuenta de la presencia del hombre cuando ya estaba dentro de la casa; el mensajero no dijo: "fui donde él". Muy asustado, Don Cristóbal fue hacia donde estaba una mujer yunca, de Chacuhuas que vivía en el mismo *patio* de la casa. Era, pues, esta Chacuhuas, una mujer yunca.

La mujer le dijo: "Hijo ¿por qué no temes a Llocllayhuancu que es hijo de quien hace estremecer el mundo? Ahora te ha mandado llamar para que sepas eso, lo qué es". Y (Don Cristóbal) contestó: "Es un mal demonio, madre mía ¿por qué podría temerle?" En ese instante había levantado en su mano cuatro monedas de plata de un *real* cada una. Don Cristóbal las hizo caer al suelo. Mientras buscaba las monedas, *Francisco*, el *trompetero* empezó a llamarlo desde afuera: "¡Yau! ¿Qué haces allí? Tu padre está muy enojado "¡Que venga inmediatamente!", diciendo te llama". Con esas palabras a gritos, le habló el *trompetero*.

Al oír esta voz (Don Cristóbal) contestó: "Espérame un instante, hermano, ya he de ir", y se puso a buscar afanosamente las monedas. Apenas las encontró, se dispuso a salir; iba a hacerlo, pero vió, como en la noche anterior, el disco de plata de luz cegadora que le hería los ojos desde el sitio donde está puesta ahora la *cruc*. Espantado, cuando a causa del terror no sabía adonde volverse, gritaron, otra vez, pero desde dentro: "¡Te llama nuestro padre!".

Entonces: "Está bien" diciendo, entró (a la casa del huaca) con el corazón iracundo. En ese momento, Astohuaman le hacía beber, le servía al huaca y le hablaba: "Padre Llocllayhuancu, tú eres hijo de quien mueve la tierra; tú, también, hiciste al hombre". Y diciendo esto, lleno de temor, le

servía. Y como ese demonio no podía hablar, lanzaba una especie de gruñido: "¡Hoho!". Después le sirvieron hojas de coca, e hizo como que las masticaba.

Largo rato duró todo esto; mientras tanto, dicen, que *Don Cristóbal* vió, dentro de la casa, una especie de dos cuerpos pintados que se movían como si pendieran de una *romana pintada* y caminaran en dos filas; así daban vueltas. En un extremo de la *maroma pintada* vió un pequeño demonio de color muy negro; sus ojos eran como de plata, en sus manos llevaba un palo con un garabato. En otro lado aparecía la cabeza de una llama; sobre la cabeza de la llama el pequeño demonio, sobre el pequeño demonio la cabeza de la llama. Y así, en el interior de toda la casa, rodaban en el aire estas cosas, en dos filas.

Don Cristóbal contempló muy asustado cuanto ocurría y había en la casa, pero tuvo dominio sobre su lengua. Apenas el demonio concluyó de comer, ese Astohuaman prendió fuego para quemar lo que no había servido al demonio.

Cuando el fuego se apagó y todo quedó tranquilo, *Don Cristóbal* empezó a hablar; dijo: "Oye, Llocllayhuancu, a tí, es cierto, te dicen "Hacedor del hombre; el que mueve el mundo" y dicen también: "él dispone que se haga esto o lo otro"; y por eso los hombres te temen. ¿Para qué me has hecho llamar ahora? Yo digo: "*Jesucristo* es hijo de *Dios*; él es el verdadero *Dios*; cumpliré sus mandatos por siempre". Pero si estoy equivocado, contesta; dime: "Ese no es *dios*; yo soy quien hace todas las cosas", entonces, volveré a temerte". Pero el demonio escuchó las palabras y no respondió, se quedó oyendo y enmudeciendo.

Entonces, *Don Cristóbal*; "Mira ¿no es verdad que eres el demonio?" preguntó. ¿Podrías tú vencer a quien dije yo que es el Poder verdadero, a *Jesu Cristo*? Mira, esta tu casa es un sitio en que el demonio está henchido, amontonado; así y allí habitas. ¿Puedo creer en tí?". En ese momento se lanzó un *llaullaya*.

Don Cristóbal no supo si vino de parte del diablo o de parte de *Dios*, porque, escudándose con ése que llamamos *llaullaya* llegó hasta una esquina, a la casa del *Conde*, protegiéndose. Entró a la casa, y despertó.

Desde ese día hasta hoy, vencia a los otros huacas, en sus sueños; muchas veces a *Pariacaca* y también a *Chaupiñamca*. Y a todas las gentes les relataba sus hazañas y les decía: "Estos son el demonio".

La verdad de que ese demonio es perverso, la sabemos porque *Don Cristóbal* contó los triunfos que hemos relatado.

En los tiempos antiguos, cuando llegaban, quienes llegaban al tiempo

debido, cantaban y bailaban, hasta muy tarde. Y, ya muy avanzada la noche, el sacerdote, el doble o personero del huaca (Llocllayhuancu) salía a decir: "Ya nuestro padre, ahora está borracho; manda que canten y bailen. Nuestro padre os convida a beber con él". Y echaba a una olla el contenido de un vaso de madera: "El está bebiendo", decía. Y comenzando por los de mayor edad, se iniciaban las libaciones; así bebían hasta el día siguiente.

Cuando concluían las libaciones, sacaban hacia afuera el mate (*) en que había bebido el demonio. La gente que había pasado la noche invitándose unos a otros, adoraba ese recipiente.

Al día siguiente, todo lo que había sobrado de comidas y bebidas, lo enviaban a Sucyahuilca. En tiempos muy antiguos, los mismos hombres llevaban el presente a Sucyahuilca y le rendían culto en el mismo sitio donde está Sucyahuilca, después de haber servido a Llocllayhuancu.

Cómo servían a Sucyahuilca, por qué le rendían culto y qué era Pachacamac, de eso vamos a escribir más adelante.

(*) Recipiente vegetal.

CAPÍTULO 22

Si el Inca le rendía mucha reverencia y culto a Pachacamac, no lo sabemos bien. En cambio sabemos una parte: que en los pueblos de las alturas, en todos, desde el Titicaca, se adoraba al Sol, y la gente decía: "Así me lo ordenó el Inca"; y que en los pueblos de las tierras bajas: "Así me lo ordenó el Inca", diciendo, adoraban a Pachacamac.

A estos dos huacas que hemos nombrado les rendían culto mucho más que a los otros, ellos eran más grandes que todos. Los adoraban llevándoles más oro y plata, para adornarlos; les dedicaban centenares de yanacunas (servidores) y, en todos los pueblos, criaban llamas especialmente para ellos. Las llamas destinadas a Pachacamac iban de aquí, de los hombres de Checa y de Suyahuilca.

Esto proclamaron los Incas: "En el lago que está hacia abajo del Titicaca, que ya hemos nombrado, en el llamado Pachacamac, allí termina la tierra. Ya no debe haber, más allá, ningún pueblo, tampoco debe haber ningún resplandor", afirmando esto, sí, debieron adorar (los Incas a Pachacamac). Y recordando esa creencia, debieron adorar a los dos huacas más que a los otros, exaltando al Sol, en el mundo de los bajos, delante de Pachacamac. A ese acto de levantar al Sol y al sitio en que lo hicieron, hasta ahora se llama: "Luz del día".

Y por eso, los hombres del Tahuantinsuyo, cada año, ofrendaban un hombre y una mujer (a Pachacamac). A esta ofrenda le llamaban "Gran Culpa" (capac hucha). Cuando el hombre y la mujer destinados al sacrificio, los "Gran Culpa", llegaban hasta Pachacamac, eran enterrados vivos: "Cómelos, Padre", le decían al huaca. Y en el mes Pura le ofrendaban plata y oro, llamas; le daban de beber y de comer, sin faltar nunca.

Cuando en estas tierras de Checa no llovía, entonces, por orden del Inca, los yuncas iban hasta Suyahuilca; le llevaban chicha, ticti, oro y plata, una vez al año. Ya junto a Suyahuilca le decían: "Me envía el padre Pachacamac. Tú haces que en el mundo llueva. Cuando no baja agua de este lago, los hombres, padecemos de sed. ¡Llueve, pues! Hemos venido a pedírtelo". Y le ofrecían cuanto habían llevado. Así, los yuncas, por esa

causa, todos los años, llevaban oro y plata y lo enterraban delante de este Sucyahuilca. Los sirvientes (yanacuna) de éste (Sucyahuilca) eran del ayllu de Yasapaya y los pastores de llamas, de Allauca.

Un hombre del ayllu de Azapa, que hemos nombrado, entregó últimamente, a los huiracochas (españoles), el oro y la plata enterrados. Este hombre se llamaba Paycucasa.

Los Incas conocían, pues, bien, a todos los huacas de todas partes. Y a cada huaca le mandaban entregar su oro y su plata, conforme estaba apuntado en los quipus; les hacían entregar a todos ellos y en todas partes. Plata sagrada, oro sagado le llamamos nosotros al oro... (*) todas esas cosas les hacían dar según estaba señalado en los quipus. Pero los grandes huacas no estaban sometidos a estas medidas. Teniendo en cuenta el orden establecido, cuando llegaban a adorar a Llocllayhuancu, se dirigían, al día siguiente, hacia Sucyahuilca para servirle, pues le temían por ser quien era su padre.

Estas son las verdades que sabemos de Pachacamac, a quien llaman "El que mueve al mundo". Dicen que cuando él se irrita, el mundo se mueve; que también se estremece cuando vuelve la cabeza a cualquier lado. Por eso tiene la cabeza inmóvil. "Si rotara todo el cuerpo, al instante se acabaría el universo", diciendo decían los hombres.

(*) *Choc uopo collq. sarpo. choctipsi colletipsi*, frase que no hemos podido traducir.

CAPÍTULO 23

Aquí hemos de escribir sobre cómo el Inca hizo llamar a los huacas de todas partes, y también hablaremos de los triunfos de Macahuisa, a quien ya nombramos.

Tupac Inca Yupanqui, cuando ya era poderoso, después de haber conquistado todos los pueblos conocidos, descansó muchos años, feliz, hasta que se sublevaron tres pueblos: Alancuna, Calancu, Chaqui, así se llamaban. Ya no querían ser hombres del inca. Y lucharon contra él con miles de guerreros, durante casi doce años.

Viendo, el Inca, que la gente que mandaba a luchar moría sin poder vencer, muy entristecido, dijo: "¿Qué ha de ser de nosotros?". Y sufrió mucho. Un día se le avivó el entendimiento y habló: "¿Para qué sirvo a tantos huacas ofreciéndoles oro y plata, con mis trajes y mis alimentos, con todo cuanto tengo? ¡Mah! Los haré llamar, que me ayuden contra mis enemigos" Y ordenó: "De los pueblos de todas partes, todos los que reciben oro y plata, que vengan". Y así los mandó llamar. "Sí", contestaron los huacas, y fueron.

También Pachacamac cumplió; hizo que lo llevaran en un anda. Y como él, de los pueblos de todas partes del Tahuantinsuyo, cargados en andas se pusieron en camino, los huacas.

Y así, cuando ya todos habían llegado a la plaza Aucaypata (del Cuzco), vieron que Pariacaca no llegaba aún. "Creo que no voy a ir ¿o voy?", hablaba Pariacaca; no se decidía. Por fin llamó a su hijo Macahuisa: "Anda tú; anda a escuchar", le ordenó.

Macahuisa llegó; se sentó muy al extremo de la concurrencia, sobre sus andas, que tenían el nombre de "Chicsirimpa".

El Inca empezó a hablar:

"Padres míos, huacas, sacras personas: bien saben ustedes con cuanto amor y con todo el corazón les sirvo, ofrendándoles oro y plata. Ustedes saben eso. Siendo así ¿no podrían ayudarme, darme vuestro auxilio

en esta guerra en que tantos miles de mis hombres pierdo? Para hacerles esta pregunta los he convocado”.

Así habló el Inca. Pero nadie le contestó. Los huacas parecían sordos. Ninguno dijo “ay”, siquiera.

Entonces el Inca:

“Habla. Tú quieres que mueran de ese modo, odiándose en la guerra, los hombres que creaste, que tú mismo hiciste? Si no quieres auxiliarme en esta obra, ahora mismo haré quemar todo lo que a cada uno de ustedes les pertenece. ¿Por qué razón yo les ofrendo con oro y plata, les doy de beber y de comer, les sacrifico llamas, los mantengo tan bien arreglados, les sirvo como les sirvo? ¿No puedes auxiliarme ahora que sabes que estoy sufriendo, pues así lo escuchas de mí mismo? Si alguno de ustedes dice: “No”, arderán todos inmediatamente”. Eso dijo, diciendo.

Pachacamac empezó a hablar, enseguida:

“Inca, casi Sol: yo, por ser quien soy, no hablé; yo, a tí, y al mundo entero puedo sacudirlos; no sólo, sí, puedo aniquilar a esos pueblos enemigos de quienes hablas. Tengo poder para acabar con el mundo entero y contigo. Por esa razón, me quedé muy callado”.

Y como todos los demás huacas permanecieron sentados y en silencio, Macahuisa, de quien hablamos, habló:

“Inca, casi el Sol mismo: yo iré donde tú quieres que vaya. Pero, eso sí, quédate tranquilo, aquí mismo, reverenciado. Yo te traeré más pronto de lo que es posible lo que quieres que se traiga”. Eso dijo.

Y mientras Macahuisa hablaba, su boca soplabla las palabras como si pesaran y de su boca salía humo en vez de aliento. Luego alzó su antara de oro y tocó; su pincullo también era de oro; su cabeza estaba cubierta con un gorro circular. La rueca que llevaba era de oro y su traje de color negro.

Entonces, para que Macahuisa se pusiera en camino, el mismo Inca le dió el anda que él usaba y que tenía por nombre “Chicsirampa”. Unos hombres que se llamaban “Callahuaya” eran los más escogidos del Inca y únicamente a él le servían. Estos hombres vencían en pocos días distancias que requerían mucho más días para el caminar de otras gentes. Estos cargaron a Macahuisa hacia el sitio en que estaban los enemigos.

Así, llegaron a una montaña y, Macahuisa, el hijo de Pariacaca, acampó en ese sitio; y, desde allí, empezó a hacer llover, poco a poco. Entonces la gente de los pueblos se preguntaron: “¿Qué será esto?”. La lluvia fue aumentando y cayeron rayos de todas partes; las quebradas se llenaron de agua, los torrentes inundaron los pueblos. A los hombres importantes, y a los grandes curacas, Macahuisa los mató con los rayos. Sólo unos cuantos hombres principales se salvaron. Si él lo hubiera decidido, habría podido aniquilar a todos.

Vencidos los pueblos enemigos del Inca, Macahuisa arreó a los pocos que quedaron; los arreó hasta el Cuzco.

Desde ese tiempo, dicen, el Inca reverenció más aún a Pariacaca. Le dió cincuenta de sus hombres de servicio y dijo: "Padre Macahuisa ¿qué puedo ofrecerte? Pide el pueblo que prefieras, yo no dudaré en concedértelo". Oyéndolo, el huaca contestó: "Yo no deseo nada para mí, pero te pido que seas nuestro huacasa, como son nuestros hijos de Yauyo".

"Está bien, padre", dijo el Inca, y aceptó, muy atemorizado. "No vaya a ser que a mí mismo me destruya", pensando, decidió *ofrecerle* todo lo que le pidiera. Y le dijo: "Come algo, padre", y diciendo esto, le sirvió de comer. "Yo no me alimento de estas cosas. Manda que me traigan mullo". Y cuando le trajeron el mullo lo devoró al instante: "¡cap, cap!", rechinaban sus dientes, mientras masticaba. Y como no deseara ni pidiera nada más, el Inca hizo que le llevaran princesas; pero Macahuisa no las quiso.

Luego, se volvió, de regreso, a dar cuenta de lo sucedido a su padre Pariacaca. Y dicen que, desde tiempos muy antiguos, en Sausa, el Inca fue huacasa, y como tal, bailó y cantó dedicando la danza, como homenaje y reverencia, a quien correspondía.

Y recordando lo que hemos dicho de los huacas, nosotros decimos: "Se reunieron en Aucaypata del Cuzco, cierta vez". Y dicen que de todos los que estuvieron presentes en la plaza del Cuzco, que estuvieron sentados, luego de haber venido de todas partes del mundo, el más bello fue Sihuañañá Villcacoto; ninguno de los otros podía comparársele en hermosura.

Es esta la verdad que sabemos de las cosas que hemos contado.

CAPITULO 24

Desde este punto hemos de escribir sobre la vida de los Checas; de cómo cantaban y bailaban el canto llamado "macuayunca".

Y después, también, de cómo apareció el hombre.

Ya, sí, en los capítulos anteriores, hablando de los hijos de Pariacaca, dijimos algo sobre cómo nacieron, de qué modo aparecieron. Fue así:

Algunos afirman esto, ahora: En los campos próximos a Pariacaca, el de Arriba, había un árbol que se llamaba quinua. Hasta nuestros días lleva ese nombre. Dicen que allí, del fruto de la quinua apareció el hombre.

Pero otros cuentan: "Del universo alto cayó sangre sobre un lugar llamado Huichicancha, cayó sobre los campos en que la quinua crecía, y allí, en ese sitio, se formaron los pueblos, desde Allauca hasta Cufiisancha, desde Satpasca hasta Yurinaya; desde Sullpachca hasta Chuparacu, desde Yacataca hasta Pocomasa, desde Muxica hasta Chaucachimpita; desde Casica hasta los nombrados Huarcancha y Llicanacha, de los Yañcas".

Algunos yuncas próximos tuvieron pueblos propios; los de Cacauc de Morales hasta Concha, fueron hijos de los Yauyo. Estos pueblos, dicen, aparecieron en un lugar llamado Maurura, de Ayaviri, y vagaron como salvajes. Habiéndose casado con la hermana de Huarcancha: "Vamos a mandarnos unos a otros", diciendo, habitaron en un pueblo que hicieron en el fondo de unos precipicios.

Cuando ya estos hombres iban a rendir culto a Pariacaca, sus cuñados y todos los de Checa, les decían Yauyos silvestres. Al oír decir ellos esto, permanecían alejados; detrás de todos. Muy tristes, sufriendo, soportaron el desprecio y rencor de los otros pueblos, por muchos años. Y así, durante uno de los turnos de celebración de la fiesta de Pariacaca, le dijeron: "Padre: tú ves cómo mis cuñados y los Checas nos desprecian tanto. Somos sin embargo, creados por tí, hermanos de los Yauyo", le hablaron, llorando intensamente. Entonces Pariacaca: "Hijo (habló) no tengas pena. Llévate este mi gorro de oro; levantándolo, bailarás y cantarás en Llacsatampo y Pococaya. Allí, de ese modo, todos los hombres dirán de tí: "Este debe

ser muy amado por Pariacaca" y, diciendo, te temerán mucho; no podrán despreciarte ni odiarte". Así les ordenó.

La próxima vez, estos yauyo de los que hablamos, llegaron también detrás de los otros pueblos, a la fiesta; pero entraron muy contentos, alzando el gorro de oro, y se sintieron aún más felices al comprobar que los otros los contemplaban con gran temor. Al día siguiente, ante el respeto de todos los pueblos que estaban reunidos en la pampa, bailaron y cantaron, con el gorro de oro en alto.

Algunos cuentan de distinto modo estos sucesos; dicen: "En tiempos antiguos, la gente iba a rendir culto a Pariacaca, de noche; le ofrendaban llamas y otras cosas, le hablaban. Ayllu por ayllu iban, en turnos. Entonces: "Que también lleven (ofrendas)", dijeron de los Yauyos montaraces, refiriéndose a ellos con mucho desprecio. Y llegaban ante Pariacaca cuando el sol empezaba ya a salir. Viendo Pariacaca que por esa causa sufrían intensamente, les habló: "¿Por qué sufres tanto, oye Antacapsi?" [El nombre de esta gente en la antigüedad era Pacuyri]. "Llévate este mi gorro de oro y, cuando lo vean los otros pueblos, no te despreciarán más". Y diciéndoles esto, se los entregó. Y, en cierto turno de la fiesta, fueron llevando el gorro de oro para adorar a Pariacaca. Pero, al cruzar un río llamado Paryayri, perdieron el gorro en el agua. Lo buscaron por todas partes, arriba y abajo y, como no lo pudieron encontrar, fueron, sin llevarlo, ante Pariacaca. Cuando llegaron, al día siguiente, vieron como el gorro se alzaba solo ante Pariacaca. Entonces, llorando, se lo pidieron de nuevo. Pariacaca les contestó: "Tú no lo traías luego de haberlo conquistado de algún enemigo, para que vinieras con él hacia mí paseándolo descuidadamente. Hoy he de mostrarte lo que hago y mando". Así los oprostó. Entonces, ellos hablaron: "Padre ¿hemos de caer en la vergüenza? Danos algo que represente lo que tú hablaste para nosotros, un doble, una imagen (del gorro de oro)" y, como lloraron a torrentes, él les dijo: "Vuelve hijo, regresa. En la fiesta de mi hermana Chaupíamca te daré algo. Espera hasta entonces". Así dijo; y los hombres esos se fueron.

Y en el turno de la fiesta de Chaupíamca que se realizaba en el campo cercado de Yauricallinca, sobre el muro, apareció un gato montés bellísimamente pintado. Al descubrirlo (los Yauyo silvestres) exclamaron: "Esto es lo que Pariacaca nos prometió". Levantaron al gato montés y danzaron y cantaron.

Esta figura la guardaba Hernando Canchuhuilca, en Tumna, pero estaba ya muy descompuesta.

Ya, sí, hemos hablado de cómo apareció el hombre. Pero algunos fueron hijos de Tutayquiri (dicen) y hermanos de los que salieron de los frutos del árbol (de quinua). Este Tutayquiri del que hablamos, dicen que tam-

bién apareció en Huichichancha. Desde allí bajó, derrotando pueblos: "Mis hijos han de vivir aquí", afirmando.

Recuerden que, en un capítulo anterior, hablamos de estos hechos; dijimos que esta zona tenía muchas tierras yuncas. Arrojando de sus tierras a los yuncas (los hijos de Tutayquiri), empezaron a repartirse los campos, ayllu por ayllu, las chacras y las casas.

Los nombres de estos ayllus cuentan que eran: Allauca, Satpasca, Pasquini, Muxica, Cacasica, Sulpacha, Yasapa. Cuando decimos Yasapa, decimos *platero*, porque yasapa quiere decir *platero*; y eran de ese oficio los yasapas. Así, también los nombres de los otros ayllus tenían su significado, cada cual. Y los pueblos que hemos nombrado se repartieron las tierras y pueblos en orden, comenzando por el primero de todos: Allauca recibió Macallacta; después, los Satpasca recibieron Quimquillacta. Este Quimquillacta se denominaba curaca (jefe), huaca más reverenciado que los otros. Luego, los ya nombrados Yasapa y Sullpachca, recibieron el huaca llamado Ricrahuanca; los Muxica recibieron Quiraraya. Los Cacasica recibieron el huaca Lluemasuni. Los Huanri y los Chauti, ellos, tenían sus propios pueblos desde antiguo, sí, desde cuando aceptaron a Tutayquiri como huaca y lo adoraron; tal como ya lo dijimos en capítulos anteriores.

Asimismo, tal como lo dijimos, cuando Tutayquiri acabó de vencer a los pueblos y sus hijos vinieron a estos lugares, ellos cantaron el himno "Cómo amaneció o fue creado", tal como lo entonaron en Huichichancha; ese canto lo corearon y bailaron, "Es el "Masoma", diciendo.

Namsapa, el denominado Namsapa, dicen, era hombre. Al propio, al auténtico Namsapa, dicen que se lo llevó, hace mucho tiempo, el Inca mismo. Entonces hicieron otro, que era como su *teniente*. A ése se lo llevó el señor Doctor (Avila). Este Namsapa, como era hombre, se ponía en las orejas el llamado "quisayrinri" y en las manos el "canachyauri". Todas estas prendas eran de oro; ese oro se lo llevó el Inca, dicen. Y el "quilcascaxo" del que hemos hablado, era un bastón. Y luego, el "coricacya" del que hablan, era un caracol, que también vino con él.

A éste (Namsapa): "El es nuestro principio, en quien comenzamos, él llegó primero en la antigüedad a este pueblo", diciendo, a él mismo, cortándole la cara, lo hacían bailar. Y luego, cuando en la guerra apresaban a alguien le cortaban la cara: "Esta es la prueba de que soy fuerte", diciendo, hacían que bailara. Y este hombre, el prisionero de guerra, él mismo, solía decir: "Ya, sí, has de matarme. Yo fui un hombre a quien daban órdenes, muchas. Ahora tú vas a hacer "huayo" de mí. Cuando ya estés por sacarme

a la pampa, dame bien de comer y de beber", diciendo, existía, *er.a.* Escuchando estas palabras, daban de beber y de comer a algunos "huayos". "Hoy, este día, has de bailar conmigo", decían.

Después, llevando al "huayo", solían cargarse unos a otros durante dos días. Al tercer día colgaban maíz, papas y toda clase de frutos, unos sobre el cuerpo de otros. Cada cual se llevaba todo lo que habían colgado sobre su cuerpo: "Han de volver donde Omapacha que fue quien los creó", decían, y nombraban las cosas. Y hablaban una especie de lenguaje distinto; torciendo la boca pronunciaban esas palabras.

En esta fiesta bailaban la danza que hemos dicho, durante cinco días. Los de Allauca, igual. Y en otro (¿día? ¿sitio?) este Chutacara Omapacha, él mismo, venía de Huichicancha, acompañado de algunos (¿pueblos? ¿hombres?). Y habiendo sido hombre, se enfrió y se convirtió en piedra y su "huisa" tomó la forma de un pájaro. Y cuando él soplabla su "huanapaya", los pueblos separaban sus llamas. Y con eso, aparecían, aumentaban (las llamas). Y por interés en las llamas, algunos pueblos guardaban el "huanapaya". Por este tiempo, hacían su fiesta los de Allauca y Chutacara. Los de Checa, así como los de Concha, y cualquier pueblo que tiene llamas, levanta el caracol (¿"huanapaya"?), lo venera.

Y así, todos los pueblos que hemos nombrado, cantaban y bailaban dos años; al año, una sola vez. En dos años cantaban y bailaban dos veces. Luego, durante otros dos años, cantaban el baile llamado Machuhua. Los yuncas que hemos mencionado antes, cantaban este baile "machuhua", del que hablamos, durante dos años.

Recogiendo una especie de paja que llamamos "chupa", le cortaban bien sus puntas muy agudas y las arreglaban en dos columnas. Tenían de largo siete brazos y dos hombres agarrados de las manos podían abarcar su grosor. En la cima de cada columna colocaban una yerba llamada "casiri"; las raíces de esta yerba son muy rojas. "Esta es su luz", decían.

Cuando ya todo estaba arreglado, colocaban sobre las columnas una insignia llamada "yumca" que representaba a los hombres, y otra llamada "huasca", que representaba a las mujeres. Ya puestas las señales y, toda la gente, vestidos con sus trajes más elegantes, a los que llamaban "tanta", comenzaban a lanzar (flechas) sobre las insignias. A este lanzamiento se le llamaba "huichu".

Para realizar este lanzamiento iban todos, el día anterior, a Caullamacuna, iban, como cuando se dirigían a Pariacaca. Llevaban sus llamas

adornadas de *zarzillos* y *campanillas*, exactamente igual. Y así, todos los hombres iban también a Chaucallama, a Tampusica al que llaman también Curi, a cada cual, y asimismo a Caullama. Entonces, cuando subían a Caullama, iban tocando el *caracol*, del que ya hablamos, soplaban para hacerlo sonar. Y allí, quienes encontraban este caracol, lo levantaban y guardaban. Después de haber hecho todas estas cosas, empezaban lo que hemos llamado el "huta" y alzaban, para eso, las dos columnas. Se iniciaba el lanzamiento. Cuando entraban a lanzar las mujeres, lo hacían ayllu por ayllu. Cantaban las que no tocaban el tambor: "Recibe a tu hijo desvalido", decían. Y cuando llegaba el turno de la insignia "huasca", también cantaban: "Y recíbenos, a tus hijos desvalidos".

Aquél que en el lanzamiento lograba alcanzar la cabellera del "chuta", ése, que entre todos los tiradores de su ayllu había acertado a clavar el golpe en la parte más alta de la señal, ése, entregaba el ala de un huacamayo y también el "oymilla" a quien era su yañca. El último yañca de los Checa que intervino en el "chuta", fue Martín Misayauri y, de Allauca, Juan Chumpiyauri, que ya murió. Entonces, el yañca, subía al "chuta", llevaba el ala del huacamayo al que se le daba el nombre de "puypu"; y arrancado (¿el dardo?) ponía en su lugar el "puypu"; así señalaba el sitio en que cayó el tiro. Enseguida, entraba otro ayllu a lanzar, y, del mismo modo, otro y otro.

Enseguida empezaba el "huasca", el lanzamiento que hacían las mujeres. Intervenían diciendo: "Hijos y todas las cosas de comer me darán". Y mientras se realizaba el "yumca", decían: "Hijos hombres, chahua y cualquier otra comida me será dada".

Y cuando ya concluían de lanzar sobre las dos "chutas", en ese momento, todos los que habían acertado los tiros en el llamado "ojo" (del chuta), en la cabellera, le entregaban una llama a sus yañcas y les decían: "Con esto, cuéntale de mí a Omapacha". Y le entregaban la llama. Quienes tenían llamas, no llevaban las grandes sino las pequeñas, las que llamamos "yañcamusca" (dedicado al yañca) porque cualquiera que fuera el número de las que recibía (el yañca) se las comía todas.

Al día siguiente, muy de mañana, toda la gente solía ir a Quimquilla. Este Quimquilla era un huaca que tenía muchas llamas y que poseía mucho de todo. "Ha de apiadarse de mí", iban diciendo los pueblos, incluso los Allauca: "allí he de pedir mi llama", decían. Y para ir donde ese huaca, llevaban *chicha*, el potaje llamado "ticti", y tocaban constantemente, hacían llorar el *huapaya*. Al siguiente día, dicen, iban los Huichumari; ellos son todos de Satpasca. Degollando sus llamas, decían: "Maduro, me hago fuerte".

De allí bajaba al sitio donde habitaba Quiraraya, a una pampa que está (de aquí) hacia arriba. Esa pampa se llama Huaracaya. En ese lugar, levantaban los denominados "chutas", como en Llacsatampo, el "llumsa" y el "huasca". "Es para la llama, es para el cerro, es para la hembra", diciendo, lanzaban tiros a las dos "chutas". Y cuando concluía el juego, así como en Llacsatampo, del mismo modo, entregaban llamas a los yañcas: "Con esto adora por mí; doy lo bueno", decían.

Luego regresaban de ese lugar. Así como se reunían para ir a Quimquilla e iban juntos, jalando cada quien sus llamas adornadas de *campanillas*, así, del mismo modo, volvían. A esta marcha le llamaban "carucaya". Era como si nosotros, muy suavemente, nos fuéramos moviendo, poco a poco, de ese modo caminaban y le llamaban a este andar "Bebo huaruca". Y es que bajaban bebiendo "huaruca". Tocando constantemente el "huanupaya", volvían.

Y todo lo que sabemos de esto que hemos llamado "machuhua", es cuanto hemos narrado hasta aquí.

Luego, ahora, sobre Llacsatampo yunca, dicen algunos: "Fueron hombres de Mutacaya". Otros afirman: "Fueron Collis". Pero estos Collis, dicen, habitaron en Yarutini. Acerca de lo que fueron ellos hablaremos enseguida.

CAPITULO 25

Ahora hemos de escribir acerca de cómo los hombres Colli fueron llevados por el viento desde el lugar llamado Yurutini hasta la zona de los yuncas

Los hombres que tenían el pueblo Colli habitaban, se dice, en un lugar llamado Yarutini.

Cierto día llegó Pariacaca a este pueblo cuando los Collis estaban bebiendo. Pariacaca se sentó, humildemente, en un extremo de la concurrencia. Tenía el aspecto de un hombre desvalido. Nadie quiso, por esa razón, invitarle a beber. Sólo un hombre bebió con él. "Dame una vez más", le dijo Pariacaca a su invitante. El hombre aceptó y le volvió a servir. Entonces el huaca le pidió: "Permíteme mascar de tu coca". Y el hombre accedió igualmente. Pariacaca volvió a hablar: "Hermano (dijo): has de prenderte bien de ese árbol, cuando, en cualquier tiempo, yo vuelva aquí. Pero no les cuentes nada de lo que digo a esos hombres. Que sigan gozando". Y, diciendo eso, se fue.

Cinco días después se levantó un viento muy fuerte. Y este viento tomó de sorpresa a los Collis, una y dos veces; los alzó y llevó muy lejos. Una parte de los hombres, así llevados por el viento, perdieron la razón y murieron; los otros cayeron en el actual pueblo vivo de Carauayllo, sobre la montaña. A esta montaña le llaman ahora Colli; y, se dice, que allí murieron todos, que no ha quedado ninguno de ellos vivo.

El único hombre que invitó a Pariacaca a beber en Yarutini, él, pudo salvarse del viento prendiéndose de un árbol. Cuando concluyó de llevarse (de Yarutini) a todos los hombres, (Pariacaca) le habló: "Hermano: estás completamente solo. Aquí has de habitar eternamente. Cuando mis hijos vengan a rendirme culto, cuatro veces te darán coca los huacasas para que mastiques, sin faltar jamás. Tu nombre será Capac Huanca. Así serás llamado". Y luego enfrió el cuerpo del hombre hasta convertirlo en piedra.

Cuando el señor doctor Avila llegó hasta el sitio en que (Capac Huanca) estaba, lo partió haciendo trabajar a muchos hombres, y los trozos los hizo lanzar hacia abajo del cerro.

Eso es todo lo que sabemos sobre los Colli. Y tal como lo dispuso Pariacaca, los huacasas le dieron de masticar (a Capac Huanca) durante muchísimos años.

CAPÍTULO 26

Cómo Pariacaca venció a Macacalla y después de haberlo derrotado de qué modo dispuso de sus hijos

Ya sabemos, pues que los Macacalla habitaron en un cerro que está hacia arriba de *San Damián*. En este cerro de Macacalla tuvieron su pueblo los hombres de Pichcamarca, y también lo habitáron los llamados Sutca.

Un día en que ambos pueblos bebían, llegó Pariacaca. Luego de haber llegado, se sentó en un extremo de la concurrencia. Y como ocupaba un lugar humilde, nadie le invitó a beber. Enfurecido, a los cinco días, mató a todos los habitantes haciendo caer sobre la montaña una lluvia amarilla y otra lluvia roja. Pero algunos hombres cuentan de otro modo; ellos dicen:

Aquí, en Macacalla, cierto día, unos hombres jugaban con "rihui" (piedra pequeña amarrada con una cuerda) y otros bebían. Mientras tanto, sobre la cima de una montaña llamada Colli; apareció una nube, no grande, y, muy poco a poco, empezó a caer una lluvia roja. Luego, del mismo sitio, cayeron rayos. Como nunca había ocurrido ni creían que podía ocurrir algo tan raro, los hombres se atemorizaron. "¿Qué es esto?", se preguntaron algunos. Otros dijeron: "Son enemigos", y esperaron, alzados; otros huyeron.

Entonces, en ese pueblo, había un hombre llamado Armicu; como este hombre tenía muchos hijos, los sacó fuera y fue llevándolos, por delante, hacia una chacra que tenía. "Vamos, moriremos sobre nuestra chacra", diciendo, los llevó hasta donde tenía sus tierras. Y, apenas llegó a esas tierras, empezaron a enfriarse todos y se convirtieron en piedras. Hasta, hoy están allí, el hombre y sus hijos juntos, en forma de piedra. La gente los llama "Armicu".

Los hombres que salieron huyendo también fueron convertidos en piedras; donde quiera que los alcanzaba la lluvia roja, se convertían en piedra. Asimismo, la gente que se quedó en Macacalla se enfrió hasta transformarse en piedra.

Pero había un hombre del ayllu de Sutca que no podía consolarse y habló llorando: "¿De este modo te he de dejar pueblo, padre pueblo, Macacalla? Ya estoy para irme; no tengo fuerza alguna para vencer a este mi-

lagro que te destruye". Y, mientras lloraba, cayó junto a él la cabeza de Macacalla. El hombre levantó esa cabeza e inmediatamente se convirtió en halcón. Y dicen que este hombre fue muy reverenciado.

Desde entonces, este Macacalla, como si fuera un hombre tuvo cabeza, manos y pies. Y así, como huyendo, formándose, de esa cabeza, los hombres empezaron a multiplicarse; habitaron en Llantapa, sobre cinco montañas. Cuando se formó un pueblo en esas montañas, tomó el nombre de Pichcamarca (cinco pueblos). Y dicen que la cabeza de Macacalla está allí, en ese pueblo, hasta ahora.

Por esa razón, aquí, allá: "Tenemos a Macacalla", diciendo llaman "Carincha" a sus hijos pequeños, a los que empiezan a caminar. También los Allauca, por tener pueblo Macacalla, emplean ese nombre de "Carincha" y, asimismo, los de Pichcamarca.

Después de estos sucesos, fueron conquistados por Tutayquiri. Y los ayllus Sutica volvieron a estas zonas próximas (donde habitan). "Dentro de mis tierras, de mis chacras, dentro de mi pueblo voy a tener y adorar a Pariacaca y a Tutayquiri", diciendo, regresaron. Esos Sutica murieron en el ahora llamado pueblo de San Damián, los pocos sobrevivientes están en Sucascanca y en Tumna; son pocos y nada más que esos.

CAPITULO 27

Cómo, en la antigüedad, se decía que los hombres volvían al quinto día después de haber muerto. De esas cosas hemos de escribir

En los tiempos muy antiguos, cuando un hombre moría, dejaba su cadáver, así nomás, tal como había muerto, durante cinco días. Al término de este plazo se desprendía su ánima "¡sio!", diciendo, como si fuera una mosca pequeña.

Entonces la gente hablaba "Ya se va a contemplar a Pariacaca, nuestro hacedor y ordenador". Pero algunos afirman, ahora, que en aquellos tiempos no existía aún Pariacaca y que el ánima de los muertos volaba hacia arriba, hacia Yaurillancha. Y que, antes, de que existieran Pariacaca y Carhuincho, los hombres aparecieron en Yaurillancha y Huichicancha.

Dicen, también que, en aquellos tiempos, los muertos regresaban a los cinco días. Y eran esperados con bebidas y comidas que preparaban especialmente para celebrar el retorno. "Ya regresé", decía el muerto, a la vuelta. Y se sentía feliz en compañía de sus padres, de sus hermanos. "Ahora soy eterno, ya no moriré jamás", afirmaba.

Por esta causa, los hombres aumentaron, se multiplicaron con exceso. Y era muy difícil encontrar alimentos. Tuvieron que sembrar en los precipicios, en los pequeños andenes de los abismos. Vivían sufriendo.

Y cuando era así, tanto, el padecer, murió un hombre. Su padre, sus hermanos y su mujer, lo esperaron. Se cumplió el plazo, llegó el quinto día y el hombre no se presentó, no volvió. Al día siguiente, en el sexto, llegó. Su padre, sus hermanos, su mujer lo esperaban muy enojados.

Viéndolo, su mujer le habló con ira: "¿Por qué eres tan perezoso? Los demás hombres llegan sin fatiga. Tú, de este modo, inútilmente me has hecho esperar". Y siguió mostrándose enojada. Alzó una coronta y la arrojó sobre el ánima que acababa de llegar. Apenas recibió el golpe: "¡Sio!" diciendo, zumbando, desapareció; se fue de nuevo. Desde entonces, hasta ahora, los muertos no vuelven más.

CAPITULO 28

Cómo eran las "ánimas" en el tiempo de Pariacaca y de qué modo celebraban el día de Todos los Santos

Ya, sí, en capítulos anteriores hemos hablado cómo, al tiempo de ir a rendir culto a Pariacaca, lloraban y veneraban a sus muertos, les daban de comer, de esas cosas hablamos algo ya.

Recordando esas ofrendas que entregaban a sus muertos, ahora, quienes aún no se han hecho buenos cristianos, suelen decir: "Ahí está: los españoles también en este "Todos Santos" sirven a sus muertos. Vayamos nosotros, igual que ellos y como lo hacían antes, sirvamos en la iglesia a nuestros muertos". Y llevaban comida a la iglesia, potajes especialmente preparados, como en los tiempos antiguos.

Y cuando moría un hombre, recordando también los tiempos muy antiguos decían: "Nuestro muerto ha de volver dentro de cinco días. Esperémoslo". Y lo esperaban. Transcurridos los cinco días, el muerto aparecía. Y al término de esos cinco días, una mujer muy bien vestida, se dirigía hacia Yarutini. "Yo he de guiarlo; he de esperarlo", diciendo, partía; llevaba chicha y comida. Y así, dicen que a la salida del sol, en Yarutini, el muerto aparecía, llegaba. En los tiempos antiguos, afirman, que dos o tres moscas muy grandes se posaban sobre la ropa nueva que llevaba la mujer. A estas moscas las llamaban "llasca anapilla". Y la mujer permanecía sentada muy largo rato, hasta que se iban algunos de los gusanos que se llamaban "huan-cuy"; entonces, ella decía: "Vamos ya al pueblo". Levantaba una piedra, de las más pequeñas: "El es", decía. Y regresaba al pueblo llevando la piedra.

Cuando la mujer llegaba, encontraba limpia la casa del difunto, muy bien barrida, y porque ya estaba así limpia, le servían de comer (a la mujer) y, luego que concluía de comer, le daban de beber. Y los deudos, también comían porque el muerto estaba comiendo. Por la noche, al hacerse la noche, cantaban cinco veces, llorando, todo el ayllu. Concluídos los

cantos, las cinco veces, arrojaban a piedra pequeña a la calle. "Ahora vete; no vamos a morir nosotros", le decían al muerto, al tiempo de arrojar la piedra.

Ese mismo día trataban de adivinar con una araña, (*) preguntándose: "¿De qué enfermedad se me habrá muerto?". Y si les respondían: "Porque éste se enojó o se enojó aquél; éstos, y también Pariacaca", sacrificaban un cuye a quienquiera hubiera sido ofendido o le dedicaban cualquier ofrenda. Son estas las cosas ciertas que sabemos de estos hombres, de cuando han muerto.

Del mismo modo, también en Huarochiri o en Quinti, el día de todos Santos, decían: "Vamos a poner en la iglesia sólo cosas calientes". Y así, llevaban a la iglesia papas cocidas, charqui con buen ají, maíz tostado, como para ser inmediatamente servido a la gente, y los depositaban en el suelo. Además, cada persona llevaba un cantarillo con chicha. Y cuando ellos ofrendan esas cosas y las ponen, seguramente sus muertos las reciben y comen y beben. Rememorando estas creencias, ha de ser, que llevan comidas no frías, de cualquier clase, y las ofrecen (en la iglesia).

(*) En el "Tercer Catecismo", sermón 19, julio 114R, Lima, 1585 y en "Idolatrias de los Indios Huachos, Carta Anua de 1613, del Colegio de Huamanga". "Revista Histórica", T. 6., entrega 2, 1919, Lima, se encuentran minuciosas informaciones acerca de cómo se empleaban arañas para hacer predicciones. Datos bibliográficos ofrecidos por Pierre Duviols. Trimborn y Galante traducen arañu por máscara.

CAPITULO 29

Cómo alguien llamado Yacana baja desde el mundo de arriba (cielo) para beber agua. De eso, y de las otras estrellas hemos de hablar, y de cuáles son sus nombres.

Dicen que este Yacana al que hemos nombrado, es como una sombra del llama, un doble de este animal que camina por el centro del cielo, pues es una oscuridad del cielo. Nosotros los hombres también, sí, lo vemos venir así, oscuro. Dicen que este Yanaca (al llegar a la tierra) anda por debajo de los ríos. Es muy grande, sí; más negro que el cielo nocturno avanza, su cuello con dos ojos, y muy largo, viene. Los hombres lo nombran: Yacana.

Cierto hombre, en un instante de felicidad, de ventura, vió cómo Yacana iba cayendo sobre él; luego que llegó a la tierra, fue a beber agua en un manantial muy cercano. Mientras tanto, el hombre empezó a sentirse como aplastado por copos de lana que otros hombres esquilaban. Esto ocurrió durante la noche.

Quando amaneció el día siguiente, el hombre fue a ver la lana que habían cortado. Era azul, blanca, negra, amarilla oscura, de colores mezclados; se parecía a toda cosa que tuviera color. Y, como no tenía llamas, vendió toda la lana inmediatamente y, en el mismo sitio en que cayó Yacana, allí lo reverenció.

Luego compró un llama macho y otro hembra. Y, de esa sola pareja, llegó a tener hasta dos y tres mil llamas.

Afirman que visiones como la que contamos se presentaron ante muchas personas en esta provincia.

Dicen que este Yacana baja a la media noche, cuando no es posible que lo sientan ni vean y bebe del mar toda el agua. Dicen que si no bebiera esa agua, el mundo entero quedaría sepultado. A la mancha oscura que va un poco adelante de esta sombra que llaman Yacana, le dan el nombre de Yutu (perdiz). Y dicen que Yacana tiene hijos y que cuando ellos empiezan a lactar, despierta.

También hay tres estrellas que brillan casi juntas. A ellas les llaman "Cóndor", y a otras les dan el nombre de "Gallinazo" y de "Halcón". Y cuando Las Cabrillas aparecen, de gran tamaño, dicen; "Este año vamos

a tener maduración excelente de los frutos", pero cuando se presentan muy pequeñas, dicen: "Vamos a sufrir".

A las estrellas que brillan moviéndose y en conjunto, las llaman "Pichcaconqui". Pero a las que vienen grandes, muy grandes, las llaman: "Pocochorac, Huillcahuarac, Canchohuarac" (*) así las nombran. En la antigüedad, una parte de la gente rendía culto a estas estrellas grandes. "Ellas crean, mandan", decían. Otros veneraban a estos huacas cuando ya aparecían; pasaban la noche sin dormir ningún instante: "Desde aquí voy a hacer que venza", afirmaban.

Eso es todo lo que sabemos.

(*) "Que pone la maduración", "Que hace amanecer al sol", "Que hace aparecer el resplandor".

CAPITULO 30

Cómo en la laguna de los Allauca hay dos huacas, hombre y mujer; vamos a escribir de este asunto.

En tiempos muy antiguos había un hombre que se llamaba Anchicara.

Este Anchicara estaba siempre junto a un manantial que se llamaba Puruy; cuidaba el agua a fin de que fuera a las chacras de los Allauca.

Cuando se encontraba así, cuidando, llegó al sitio una mujer muy agraciada, de Surco; la mujer se llamaba Huayllama. Llegando, le dijo: "Hermano: a mi chacra llega sólo un poquito de agua. ¿Tú eres el único que llevas toda esta agua? Y nosotros ¿de qué hemos de vivir?". Luego que habló, se metió al ojo del manantial; allí se sentó.

Anchicara, éste del que hablamos, se enamoró al instante de la mujer, porque era muy hermosa, y la saludó con gratas palabras. La mujer entonces no permitió que soltara el agua hacia aquí (lugar donde habla el narrador). Anchicara le habló, "No, hermana, no hagas eso, ¿De qué han de vivir mis hijos?". Y volvió a dirigirse a ella, gratamente. En ese momento se presentaron los hijos de éste al que hemos llamado Anchicara y echaron la corriente del agua hacia la laguna que lleva el nombre de Lliuya. Esa laguna está formada por dos pequeñas que se encuentran muy cerca del manantial del que hablamos, un poco abajo; se llaman Liuyacocha y Tutacocha.

En esta laguna hay ahora tres o cuatro piedras largas, pequeñas, de formas parecidas entre sí. Están de pie, sobresaliendo del agua. Dicen que son los hijos de Anchicara. Si los hijos de Anchicara no hubieran desviado el agua del manantial hacia la laguna, aquí (el lugar de origen del narrador) habría llegado muy poca agua, pues, aún así la que ahora sale de la laguna es escasa.

Cuando Anchicara, concluyó por no ceder el agua a la mujer Huayllama, pecaron ambos, y: "Aquí hemos de quedarnos para siempre", diciendo, se convirtieron en piedra. Esa piedra está allí, ahora, así como los hijos de Anchicara se encuentran en la laguna Lliuya. Eso es todo lo que sabemos de estas cosas que hemos contado.

Luego, mucho tiempo después, cuando ya vivían en este pueblo, entonces, los huacasas de Allauca iban al manantial Puruy. Cuando acababa el tiempo o turno de las lluvias, iban a limpiar el acueducto. Entonces los

huacasas, fueran muchos o pocos, en cuanto llegaban a la laguna Lliuya, soplando y tocando sus antaras, tomaban el agua de la superficie de la laguna; luego, iban a saludar al agua donde está Anchicara, y al tiempo de saludarlo, le ofrendaban un poco de coca. Volvían, enseguida, a la laguna, después de haber saludado a Anchicara, y adoraban a los hijos de éste, en la misma laguna Lliuya Tutacocha, y a la propia laguna también la adoraban. En los tiempos antiguos sacrificaban llamas, ahora, en la actualidad, como ya no tiene llamas, les ofrecen sólo cuyes, sólo ticti, o cualquier otra cosa. Cuando concluían las ceremonias, empezaban el trabajo de la limpieza de las acequias para toda la gente.

Aquí termina el relato sobre cómo fueron y son las cosas de que hemos hablado.

CAPITULO 31

En el capítulo anterior hablamos de una laguna, del mismo modo ahora vamos a ocuparnos de la laguna llamada Yansa, del ayllu de Concha.

Cómo, en los tiempos antiguos, todos los pueblos de los que hemos hablado tenían muchos hombres yuncas, ya lo explicamos en los capítulos anteriores. Yuncas, como esos, vivieron en los campos de arbustos de Concha. Mientras ellos habitaban esas tierras, dijimos en capítulos anteriores, que otros hombres aparecieron desde Yarillancha, de Huichicancha, y algunos dicen que también de Quinua, así, del mismo modo, se dice que los hombres de Concha nacieron de Yarillancha, que nacieron en número de cinco, brotaron de debajo de la tierra.

Los nombres de estos cinco hombres, empezando por el mayor, fueron los siguientes: Llaxamisa, que vino con su hermana Conocuyo; después Pauquirbuxi y después Llamantaya. Los tres hombres juntos vencieron a este pueblo. Los otros dos hermanos, uno de nombre Hualla y el otro, Calla, se quedaron un poco atrás por habérseles adelantado los tres primeros. Como se quedaron rezagados del modo que ya hemos dicho, equivocando el camino se dirigieron a Yauyo: "Hacia allá habrán ido nuestros hermanos", diciendo tomaron ese camino. Cuando se dieron cuenta del error y volvieron hacia donde habían ido sus hermanos, encontraron que estos ya se habían repartido las tierras y todo lo que era posible repartirse.

Dicen que son hijos (descendientes) del antiguo Hualla estos Lázaro Puypurocsi; que cuando el hijo mayor del antiguo Llaxamisa estaba a punto de morir y, como Casachauca, *abuelo* de Lázaro Puypurocsi era *sobrino* de Llaxamisa, ese hijo mayor le habló a Casachauca sobre la laguna Yansa: "Ella ha de entrar a formar parte (de las posesiones) de la persona que yo diga, porque yo, sí, estoy muriendo". Y diciendo esto le dejó a él, la laguna. Y, afirman que fue desde esos tiempos que la laguna entró a la zona en que él manda (los descendientes de Llaxamisa). Y aquí hemos de dejar, ahora, a Hualla. Hablaremos enseguida de los tres hombres que llegaron (a Concha), de cómo vinieron.

Así, como dijimos hace un rato (de los hombres que habitaban Concha): "Se afirma que eran yuncas"; también dicen, que antes de la llegada

de los tres hermanos, sacaban agua de la laguna Yansa para regar las chacras y que había agua de *sobra*, y que por eso sembraron toda la tierra hasta el pie del cerro Llantapa. Que así vivían muy felices. Mientras esa gente vivía feliz, nacían estos tres hombres, empezando por el mayor Llacxsamisa; nacían de debajo de la tierra, en Yaurillancha. Salieron con un gorro de piedra. El gorro se llamaba "llacsa yacolla". Trayendo sus gorros de piedra, dicen, que vinieron esos tres hombres. Llegaron a un sitio llamado Yanapuquio, que está un poco hacia arriba de Yansa. Allí descansaron, bebiendo.

Entonces, los hombres yuncas oyeron decir: "Allá están sentados tres hombres que causan espanto", y fueron a verlos. Llacxsamisa los vio llegar y les mostró su gorro de piedra "llacsa yacolla". Cuando vieron el gorro de piedra, los hombres se reunieron, al instante. Estando así reunidos, viéndose así juntos, algunos yuncas dijeron: "Vámonos de aquí. Si esos tres hombres nos alcanzan, nos matarán a todos". Espantados, repitiendo estas palabras, los yuncas huyeron abandonando su pueblo y sus chacras.

Uno de estos yuncas [no recordamos su nombre] mientras huía, como ya hemos dicho, dejó a su hijo en Cunchasica. El hijo se llamaba Yasali. En lugar de él llevó a un niño que criaba. Huía de noche el padre de este Yasali. Y así, cuando ya se encontraba en frente de Caparicaya, en la cuesta hacia Yanasiri, amaneció. Con la luz reconoció al desvalido que había criado. Llorando a torrentes sin saber cómo volver, el hombre, siguió huyendo tal como estaba. Mientras tanto, Yasali, el abandonado, se escondió debajo del sitio en donde hay ahora, de pie, una cruz. Como era niño, tenía miedo.

Y llegaron al pueblo los tres hombres de quienes hemos hablado.

Apenas llegaron, empezaron a repartirse las casas y todas las pertenencias y cosas útiles. Buscando los campos, Llacxsamisa encontró al niño. "Hijo mío, no tengas pena; vivirás conmigo. Si mis otros hermanos dijeran "Matémoslo"; yo te defenderé. A cambio, tú pastarás mis llamas", hablando estas palabras le habló. Cuando los otros hermanos vieron al niño, dijeron: "Que muera. *Porque* este niño podrá decir, más tarde, estas chacras, estas tierras son mías". Hablaron mirando al niño con mucho odio. Y Llacxsamisa, al que hemos nombrado, contestó: "No. ¿Para qué vamos a matarle? Que viva sano y bien. El nos mostrará todos los alimentos, las chacras, todas las cosas que hay". Así dijo. Pero los otros hermanos no aceptaron: "Que muera", insistieron. Entonces, Llacxsamisa, con gran enojo y enojándose, dijo: "Hermanos: ya he hablado varias veces. Cuidado con que vuestros gorros vayan a ser arrojados a la laguna. Yo digo: ha de vivir". Sólo entonces los otros hermanos se quedaron callados. Y, desde ese momento, Llacxsamisa dejó en

libertad al muchacho e hizo que viviera pastando las llamas de su pertenencia.

Cuando Yasali, el pastor, estaba dedicado a cuidar llamas, se encontró con Cunocuyo, una hermana de Llaxamisa. Ella venía de Yaurillancha. Se encontraron y se juntaron. Y así, cuando Yasali era ya hombre de edad y entendimiento, vino de Omapacha, de Yaurillancha, y fue Yaña. Este Yasali que nombramos, dicen que fue abuelo de Cristóbal Chaucahuanman.

Y allí, en Omapacha, del mismo modo como los Checa, capturando y poniendo un "huayo", bailaban y cantaban cinco días, así también cantaban y bailaban. Y después, levantaban "chutas", para hombres y para mujeres y clavaban sobre ellas dardos. Y luego iban a hacer adoraciones en favor del aumento de las llamas, como los Checas. También hubo huacasas en Concha, y celebraron los turnos de fiestas de Pariacaca y de Chaupiamca. Pero (éstos huacasas) bebían sólo un día con los Checas. Eso es lo que sabemos sobre la vida de estas gentes.

Y ahora vamos a hablar de la laguna llamada Yansa.

Este Llaxamisa, del que hemos hablado, apenas llegó con sus hermanos a Concha, entonces, recibió toda clase de alimentos (en el reparto) y recibió también la laguna Yansa. Y Pauquirbuxi, de quien también hemos hablado, recibió Huaychucoto; y Llamantaya, al que nombramos, recibió la casa Huayusana. Una vez que recibieron estos bienes, cada quien empezó a vivir por su cuenta, solos.

Llaxamisa comenzó a venerar a la laguna Yansa, a servirla. En Yansa, dicen que había un huaca que se llamaba Collquiri. Como eran servidos, (el huaca y la laguna), los hombres de Concha tuvieron agua que fortalecía el maíz del cual se alimentaban, durante incontables años. Fue en ese tiempo que el huaca Collquiri sintió un gran deseo de tener mujer. Y la empezó a buscar caminando hasta Yauyo, a Chaclla; la buscó por todas partes. Y aún así, habiéndola buscado en esta forma, no encontró ninguna.

Entonces, un día, Cuniraya, de quien sabemos quien es, le dijo: "Oye: tu mujer está muy cerca, por aquí no más". Al oír estas palabras, el huaca, se regocijó mucho; y nuevamente, se puso a andar.

Desde la cima de una montaña, que está arriba de Yampilla, empezó a mirar hacia Yampilla. Y vió a una mujer excelsa, de las más excelsas; estaba cantando. El nombre de esta mujer, dicen, era Capyana. Y como vió que era tan bella, inmediatamente: "Esta ha de ser mi mujer", decidió en su corazón. Al instante envió a uno de sus muchachos. "Anda, hijo (le ordenó), anda, dile a esa mujer: "Madrecita: una de tus llamas ha

parido en la montaña que está cerea, arriba"; con estas palabras le contarás, a ella. Al oír la noticia, vendrá enséguida". De este modo envió al mensajero.

El hombre fue, cuando se le ordenó de este modo. "Madre mía: tu llama ha parido aquí cerca, arriba de este cerro" diciendo, le contó. Al oír la noticia la mujer se dirigió a su casa, inmediatamente, muy contenta.

Ya en su casa, colgó un tambor de oro en el centro de su cuerpo y guardó dos pequeñas bolsas de coca dentro del seno; después, llevando un porongo de chicha, se fue muy apurada, hacia el cerro. A esto que llamamos puruncu (porongo), los de Concha le dan el nombre de lacata.

Cuando el huaca Collquiri vió venir a la mujer, de ese modo adornada, se marchó al instante hacia Yansa. El *muchacho* que le sirvió de mensajero, guió, mientras tanto, a la mujer: "Ya estamos por llegar, es por aquí cerca", le decía, mintiendo. Collquiri se convirtió en un callcallo, y esperó, un poco hacia arriba de Yansa Yampilla.

En cuanto llegó, la mujer quiso atrapar al callcallo: "Voy a agarrarlo", dijo. Al oír esta voz el callcallo, saltando de un sitio a otro, no se dejaba atrapar. Al fin, la mujer pudo agarrarlo y lo guardó en su seno. Pero a tiempo que corría detrás del callcallo, la mujer derramó del rataca (lataca) un poco de la chicha que traía. Esa chicha derramada se convirtió en un manantial que hasta hoy se llama Ratactucpi.

El callcallo, mientras tanto, bajó del seno de la mujer hacia el vientre y allí le hizo una herida grande y dolorosa. "No sé lo que puede ser este animal", diciendo, la mujer pretendió verlo. En ese momento, el callcallo cayó al suelo y quedó convertido en un hombre joven y hermoso. "Hermana: tú me acariciaste a mí, me pusiste en tu seno ¿qué hemos de hacer? Yo fui quien te hizo llamar", le dijo el hombre, con vez dulce; así la saludó.

La mujer quedó enamorada al instante, del mozo. Y siendo así, durmieron juntos. Como ya habían dormido, ya después, él la llevó al pueblo de la laguna Yansa.

El padre, la madre, los hermanos y todo el ayllu de la mujer, la buscaban, llorando. "¿Adónde pudo haber ido?", preguntándose, la buscaban. Tiempo después, mientras aún preguntaban por ella, un hombre de Yampilla, de nombre Llucahua, dijo: "Tu hija ha engrandecido mucho; su marido es alguien que no sé bien qué es". Al oír estas palabras, todos vinieron. Cuando encontraron a la mujer, le hablaron a Collquiri: "¿Para qué robaste a mi hija, a mi hermana? ¿Fuiste tú quien hizo que hasta el cansancio, la buscara por todos los pueblos? Ahora he de hacerla volver". Así le dijeron. El contestó: "Padre, hermano, tú me reconviene demasiado por no haberte avisado a tí, mi padre. ¿Qué puedo darte en cambio? ¿Casas, chacras, lla-

mas, hombres? ¿No basta eso? ¿Oro, plata? ¿Qué es lo que necesitas o deseas?”.

El hermano no creyó en las promesas y dijo: “He de llevármela, de todos modos”. Oyéndolo, ella contestó: “Yo no puedo volver; también yo me casé de todo corazón”. Entonces Collquiri, al oír esta respuesta, habló: “Padre: tú no puedes quitarme a mi mujer. Ya, sí, te ofrecí darte todo lo que quisieras. ¿No aceptarías la humedad que camina (ucuricuc)?”. Entonces, un hombre que se encontraba detrás de los hermanos de la mujer, habló: “Padre, reúnenos. ¿Qué es el ucuricuc?”. Prestaron atención a lo que dijo este hombre y tomaron acuerdo, despacio, en orden, todos, consultándose. Después habló el mayor: “Está bien, hijo: has de mi hija tu mujer; pero cumple la promesa que acabas de hacer”. Y concluidas de pronunciar estas palabras, se fueron. Collquiri le dijo: “Padre: dentro de cinco días nos encontraremos en tu pueblo”.

Cumpliendo su promesa, Collquiri fue caminando debajo de la tierra durante cinco días, hacia Yampilla. Cuando ya había avanzado lejos, dudó. “¿Adónde estaré yendo?”, preguntándose quiso salir afuera; se encontraba en ese momento, por ahí, en la otra banda de Aparhuayqui. Apenas sacó la cabeza, el agua empezó a brotar como de una fuente. Entonces, cerrando la grieta con un poco de leña, volvió dentro de la tierra. Y caminando así, salió afuera, arriba de Yampilla, cerca. El manantial que se formó en ese lugar lleva hasta ahora, el nombre de la mujer (de Collquiri), Capyama.

Cuando se formó el manantial llamado Capyama, salió tanta agua de allí que amenazaba arrasar todas las tierras de los Yampilla. Empezó a arrastrar las ocas que estaban secándose al sol, la quinua que estaba tendida en las eras, todo cuanto tenían los hombres lo alcanzaba el agua y cargaba en su corriente.

Entonces, los hombres de Yampilla, enfurecidos, gritaron: “¿Para qué has juntado tanta agua? Hazla volver enseguida. Nosotros ya estamos acostumbrados a tener poca agua”. Hablaron todos, juntos. Al oír el griterío, los padres de Capyama, llamaron: “Yerno: todos los hombres están enfurecidos contra mí. No sueltes tantísima agua. Cierra el manantial; oye Collquiri, detén esa agua”; así le hablaron.

Collquiri pretendió tapar la boca del manantial con todo lo que tuvo a la mano; pero el agua derribaba los tapones, y vencía, corría atropellando todo. “¡Cierra!”, le seguían gritando, y como el vocerío aumentaba, el mismo Collquiri volvió a entrar en la fuente; se quitó el manto (yacolla) con que estaba vestido y, además de cubrir con la tela la boca de la fuente, él mismo se sentó sobre el ojo del manantial. Sólo entonces disminuyó la fuerza de la corriente. Este manantial que, para brotar, es cernido por el tejido del yacolla de Collquiri existe todavía en la actualidad.

Y así, cuando la boca de la corriente de agua fue atracada, empezaron a brotar otros manantiales en lugares próximos, donde nunca hubo

agua. Pero, entonces, el agua de los hombres de Concha comenzó a secarse y esa gente se enfureció. "¿Por qué regala el agua (a Yampilla)? ¿Con qué hemos de vivir nosotros?", decían enojados. Y fueron donde Llacxamisa, del que hemos hablado, que era el vigilante del agua. "Oye, Llacxamisa ¿por qué haces que se seque nuestra agua?", le preguntaron, "¿Con qué ha de seguir viviendo la gente?". Y, hablando, todos los Concha lo arrojaron a la laguna.

El huaca Collquiri, viendo lo que ocurría, pensó: "Es verdad lo que dicen. ¿Con qué han de vivir ellos?". Y envió a uno de sus muchachos (huarma) que se llamaba Rapacha; le dió esta orden: "De un extremo de esta laguna, por dentro, has caer tierra y piedras. Así señalaremos lo que corresponde a estos hombres de Concha". Rapacha, entonces, al que ya nombramos, empezó a desatar la laguna. Apenas el muchacho comenzó a deshacer la laguna, Collquiri se puso a construir un muro nuevo, uno muy alto; comenzó a trabajar desde los cimientos. Ese muro (que contiene el agua) y que fue hecho sin tierra ni barro, es hasta ahora, como si fuera la propia boca de los hombres de Concha. Así lo dicen.

Cinco veces explicó Llacxamisa a los hombres para que recordaran bien lo señalado: "Cuando el agua haya llegado a este sitio, cerrarás la boca de la laguna. Entonces, en ese tiempo mismo, llevarás el agua hacia abajo, a las chacras. Soltarás esta agua cuando el sol haya salido. Sólo cinco veces debes regar el maíz "añay". Para que se cumplan estas instrucciones, tú has de dar la orden", dijo. E hizo que reconocieran bien las piedras que él iba mostrando como señales (de la capacidad de la laguna). Y como hizo reconocer bien las señales, los descendientes de esos hombres, generación tras generación, hasta ahora, observan las instrucciones que dió para el reparto, ellas son respetadas porque son ya una *costumbre*.

A las medidas que tiene la laguna los hombres le llaman "cospi-tacri" y también le llaman "turcacaya". Enseñó, pues, bien, sobre las piedras, cómo debían conocerse esas medidas de la laguna; sólo conociendo esas instrucciones pueden distinguir nuestros ojos como ojos adiestrados (todas las señas del estanque)

Desde entonces, los hombres de Concha, más o menos por el mes de *Marzo*, van, hombres y mujeres, a cerrar la boca del estanque. Para ese acto de cerrar la puerta del estanque, llamado "tupucuy", Llacxamisa dijo: "Habrá tiempo suficiente", y diciendo esto y otras palabras, fijó las señales y dió instrucciones. Y todos los de Concha respetaban lo que su boca dijo; creyendo en él iban.

Y cuando hubo yañca, él mandaba cumplir, en cada turno y tiempo, lo que había establecido: "Ya ha de haber (agua) para el riego, habrá días suficientes", decía, y sólo lo que él mandaba se cumplía; todo se hacía en Concha conforme a lo dispuesto. Aun a la media noche, cuando el agua del estanque empezaba a desbordarse, el yañca echaba afuera a todos los

hijos de Llacxámisa, donde quiera que habitaran: "Anda (les decía), es tu parte". Y como el único *oficio* del yañca era éste, cuidaba de cumplirlo de día y de noche, aplicaba las reglas que habían quedado en la memoria. "Vivimos porque él existe, no tendría fuerza el maíz y no habría vida si él no nos protegiera", decían, y le temían.

Y por la misma causa, los hijos y hermanas (descendientes) de Llacxamisa, vigilaban cuidadosamente la laguna: "No vaya a rebalzar el agua del estanque", decían. Porque cuando el agua se desbordaba de la laguna en Yansa, se precipitaba hasta el río, blanca, como si se hubiera convertido en nieve, de repente y, de verdad en estos casos, se convertía en hielo. Por eso la *cuidaban*.

Como dijimos ya, por todo lo que dijimos, para ir a tapan la boca de la laguna Yansa y sacar el agua, iban también huacasas. Pero no dejaba de ir ninguna persona, hombre o mujer; salía la gente de todas partes y ofrendaba cada quien, a solas, coca y chicha, durante el acto de cerrar la boca del estanque. Y todo lo que ponían como ofrenda a la laguna Yansa lo recogía el yañca, él lo recibía. También llevaban una llama o sus cuyes, y también ticti, todo producto o cosa con la que se podía adorar, sacrificando u ofrendando. Y así, cuando todos habían entregado las ofrendas y se había llevado la cuenta, mediante quipus, del número de los ausentes, el yañca empezaba la adoración; oraba: "Padre Collquiri: tuya es la laguna, también el agua. Dame bien, el agua, este año". Y ya, cuando el yañca concluía de decir estas palabras, empezaba a masticar su coca y a beber su chicha.

Luego, hombres y mujeres iniciaban el trabajo de cerrar la boca de la laguna. Cuando el agua empezaba ya a empozarse, cinco veces iban, con tres o cuatro huacasas, siempre. Poco antes de esta última ceremonia, dicen que un hombre y una mujer entraban a alguna chacra muy grande; llevaban chicha en un cántaro también grande, uno o dos de sus cuyes y coca y, venerando con estas ofrendas, iban a soltar el agua.

Todo cuanto hemos dicho es lo único que sabemos sobre Yansa.

Luego sabemos que estos hombres de Concha fueron hijos muy menores de Pariacaca y Tutayquiri, hijos apenas tomados en cuenta, y por eso les dieron poquísima tierra y, muy poca ropa. Y la fiesta de Pariacaca y Chaupiñamca la celebraban en la misma forma que los Checas, también hacían lo que llamamos el "chancu", igual. Ya, sí, de estas celebraciones hemos hablado en los capítulos anteriores.

Ahora sepamos algo sobre los hijos de los hombres fundadores (de Yansa) de los que ya hablamos.

Los descendientes de Llacxamisa murieron todos. Ya dijimos hace un rato cómo, cuando estaba para morir prohibió al padre de los hijos de su *sobrino* Conucuyo, hombre llamado Yasali, a él y a sus hijos.

El que se llamaba Hualla se extravió de camino; sus hijos regresaron de Yauyo y quedaron rezagados. Descendiente de este Hualla es ahora Lázaro Puypurucsi. Los hijos de este Hualla, los Lázaro Puypurucsi, al entrar a la descendencia de Llacxamisa, dejaron de ser Hualla, desaparecieron. De esta rama sólo sobrevive una mujer que no puede tener hijos, esposa de Anyaruri.

Descendientes de Pauquirbuxi existen ahora algunos; viven.

De Llamantaya quedan tres cabezas de familia: Ruricancha, Cusimchauca, Tacyacancha. Ellos son descendientes de Llamantaya.

Después, de Hualla, ya sí, hemos hablado, hablamos de Lázaro Puypurucsi, su descendiente.

Después, en cuanto a los descendientes de Calla, están ahora, Gonzalo Paucarcasa, Latacacanya, esos, más o menos esos.

Estos Checa, sí, se multiplicaron, del tronco de esos cinco hombres que aparecieron en Yaurillancha y vinieron. Pero los hijos de Llacxamisa, todos murieron.

"Soy Llacxamisa", diciendo, sí; los descendientes de Lázaro Hualla *heredan* este *oficio* (¿la jerarquía de ser Llacxamisa?) por ser, de veras, *sani*(*) del fundador.

Sólo esto sabemos sobre la vida de los hombres de Concha.

F I N

ACOTACIONES A LA TRADUCCION

1.—En la Pág. 23 aparece un grave error de traducción. Al narrar el parto de la diosa Cavillaca el texto quechua dice lo siguiente: "Hinalla chichu tucorcan mana caric chayasca iscon quillanpi himanam huarmicunapas huachacon hina huachamurcan yna *doncellatac*". La última frase está mal traducida. No significa, como figura en la Pág. 23, "ella también parió una *doncella*" sino "parió así *doncella*". Es decir, a pesar de ser virgen. En cuanto al sexo del hijo no aparece claramente determinado, pues, unas líneas más adelante se dice que la convocatoria a los huacas se hizo cuando "chay huarma", "ese niño" ya tenía un año y podía caminar gateando. El sustantivo *huarma* como *huahua*, no señala el sexo. En el runasimi no existe el género.

2.—Una frase que aparece en las líneas 22-23 de la Pág. 36 contiene un error de transcripción paleográfica; figura escrita del siguiente modo: "apo vilcap churinmi sullomanta ñasca huañun". Una nota marginal que aparece en la traducción de Avila, de este mismo pasaje, afirma "ullomanta huañun". La forma en que se escribe la letra "h" en el manuscrito hace posible su fácil confusión con la "s". La frase transcrita no significa, pues, como aparece en nuestra traducción; que la joven "casi ha muerto por causa de un aborto (sullomanta)" sino que "está que muere por (tener contacto) con un sexo viril (ullo)".

3.—En el nombre del capítulo 3, Pág. 31, se ha omitido la primera línea que en el manuscrito aparece en castellano: "como paso antiguamente los y.os cuando revento la mar".

4.—En el nombre del capítulo 4, en cambio, la segunda parte que está escrita en quechua, aparece, por error, en la línea inicial del texto quechua del capítulo, Pág. 32, y no formando parte del título.

5.—En la Pág. 83 aparece un error que conviene rectificar: en lugar de "Alloca de Abajo (Ura Alloca)", figura "Allauca de abajo".

J. M. A.